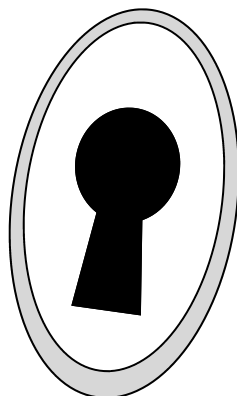


UNA LLAVE



PARA MIL HISTORIAS

Málíka al-Yerraji



Para conocer las historias de este libro,
vamos a necesitar de todos nuestros ojos.
Sí. Has comprendido bien: *tooooooos* tus ojos.
Los que usas al estar despierto
y los ojos con que miras cuando duermes y sueñas.

Vamos a ver lo que ocurría en tiempos antiguos,
cuando estaban en el mundo los mil veces *tátara-tatara-tatara-tatara-tatarabuelos*
de nuestros abuelitos.

Si estamos listos, sólo falta encontrar
una preciosa y pequeña llave que abre los misterios
y la sabiduría que guardan los libros...

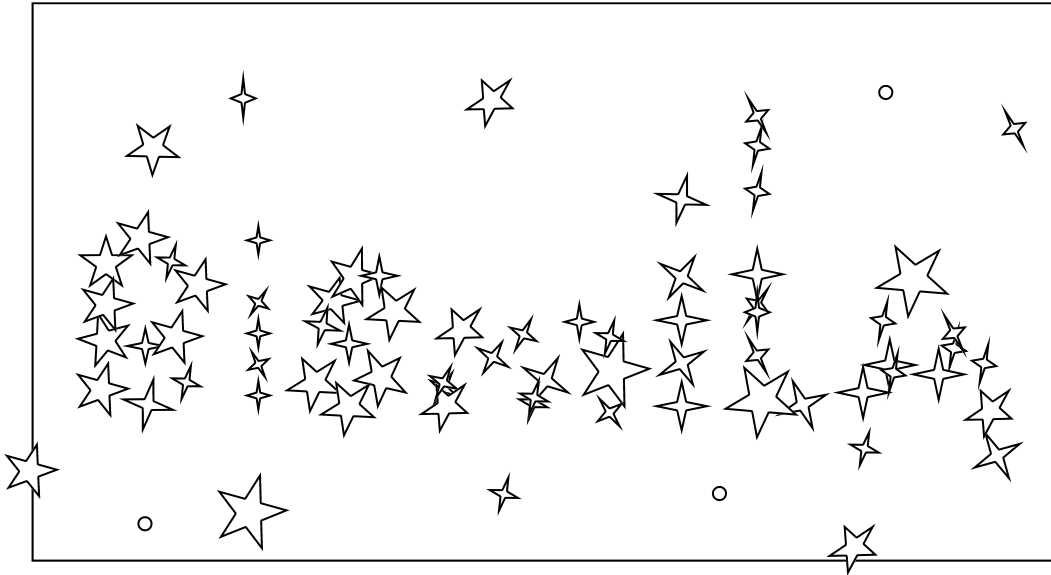
Que ¿dónde está la llave?

Es fácil. Mira a través de esta ventana.

Verás que el cielo y las estrellas han perdido el color.

Pero si tú pones un poco de azul muy oscuro en el fondo y pintas de amarillo cada pequeña estrella aparecerá una palabra.

Esa palabra es la llave que necesitas...



Bajaste del cielo una poderosa llave. La llave de **BISMILÁ**.

Verás cuántas cosas descubrirás al usar esta llave.

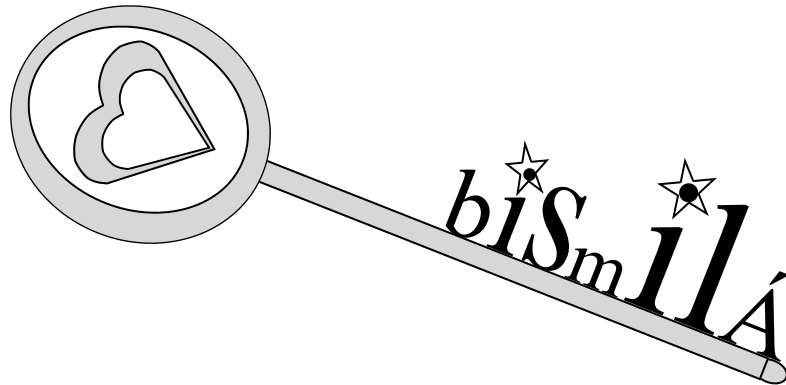
Puedo adelantarte que si dices **BISMILÁ** por la mañana, al despertar,
será fácil que encuentres las sorpresas que tienen reservadas para ti
las horas y los minutos de cada día.

Y si te gustaría ver las regiones más hermosas de los sueños,
di **BISMILÁ**, justo antes de dormir.

Se sabe que esta palabra, al pronunciarla,
nos ofrece una poderosa protección si sentimos miedo,
nos da paz si estamos enojados, y recibimos ayuda si estamos en medio de dificultades.

BISMILÁ es una llave que abre el reino de los corazones.

Nos ayuda a ser libres para compartir nuestro buen humor,
para decir cuánto lamentamos algunas cosas que suceden,
para defender a quien está en apuros,
para acompañar a mamá o a papá,
para pedir lo que necesitamos,
para cuidar de las plantas y los animales,
para querer mucho a los amigos y las amigas,
y para celebrar y dar gracias.



“UN ANILLO PARA UN REY TRISTE”

Como tú ya sabes, todas las personas pertenecemos a una sola y extensa familia: la familia humana. En esta original familia tenemos una gran variedad de parientes. A unos los conocemos muy de cerca y a otros no tanto, pero con todos ellos compartimos esta casa asombrosa que se llama el mundo. En ella viviremos por un tiempo conociéndonos y cuidando unos de otros. ¿Has notado cuántas cosas suceden siempre en el mundo? Mientras tú lees este libro, por ejemplo, habrá unos niños madrugando para ir a la escuela, otros que lloran, otros que estarán haciendo sus tareas, otros más que llevan dormidos varias horas, algunos que irán de camino al trabajo y otros que estarán rezando. Habrá unos pocos a quienes les duela la panza o estén sumamente enojados. Y no faltarán quienes pasean a sus mascotas, sea un perro, una gallina, un mono, un grillo, o un caballo. Conozco a una niña que tiene a su cuidado una colonia de hormigas, a dos niños que alimentan a sus pescaditos que nadan en la pecera que está sobre la chimenea, a una nena que tiene una pareja de pajaritos, y a un niño que se hace acompañar por una aspiradora. También, ahora mismo, seguramente hay algunos pequeños quejándose porque no les gusta la sopa, otros jugando escondidas, y otros que bailan y se divierten aprendiendo a hacer piruetas o a hacer nudos...

Así es la casa de este mundo. Inmensa y movediza. Siempre sus cosas están cambiando. Aparecen, desaparecen, se transforman... ¿Te has fijado cómo la noche se vuelve día y el día desaparece cuando llega la noche? ¿Y qué me dices de las estaciones? Cuando la primavera se acalora mucho hace su aparición el verano, luego, el calor pierde fuerza y nos lleva sin darnos cuenta al otoño y más tarde al invierno. Igual le sucede a nuestro ánimo. A ratos nos sentimos tristes y luego contentos y luego enojados y luego en paz y luego alegres... ¡Uf! cuánto cambio ¿no crees? Y claro, no todos nos gustan. Quisiéramos que el dolor de muelas pasara un poco más rápido y que los paseos terminaran más tarde...





Conozco una vieja historia que cuenta el caso de un joven rey que no sabía que las cosas del mundo siempre están cambiando. Aunque como todos nosotros, el rey había visto pasar los días, las noches y las estaciones. No se había interesado lo suficiente en observar lo que sucedía a su alrededor. Su ignorancia, en parte, se debía a su trabajo de rey. En palacio, cualquier cosa que deseara se le daba en el acto. Nadie se atrevía a contradecirlo. Unos porque lo querían mucho y otros sencillamente porque tenían miedo de verlo enojado o porque no querían buscarse problemas. Tampoco había estado enfermo, ni siquiera conocía un simple dolor de estómago, o una fiebre o un catarrito. Hasta ese momento el joven rey había gozado de muy buena salud. Recibía los cuidados de sus ayudantes que lo abrigaban antes de que sintiera frío y le ofrecían un buen baño, ropa ligera o abanicarlo cuando el calor era apremiante. Pero un día, sin que pasara nada fuera de lo común, el rey despertó por la mañana sintiendo una sensación rara. Era tristeza, aunque él no sabía cómo llamar a lo que experimentaba. No comprendía por qué lo afligía aquel desgano y ese deseo constante de llorar. Pero así se sintió el rey. Pidió primero ser visitado por los médicos y las doctoras de la corte. Le

pidieron que sacara la lengua y dijera ¡Aaaaa!, oyeron su corazón y miraron en sus oídos, y luego concluyeron que no podían hacer nada por él, pues su cuerpo estaba perfectamente sano. El rey pensó entonces que quizá los curanderos o las yerberas tendrían algo mejor que decirle y los convocó a todos. Ellos le aconsejaron los baños de miel, frotar un huevo por su cabeza, dar tres brinquitos antes de bañarse, poner agua a serenar con hojas de albahaca y romero, cerrar los ojos en caso de ver un gato negro, usar un collar de ajos, tomar té de canela muy caliente antes de dormir y tres cucharadas de aceite de ricino en ayunas.

Pero ningún remedio surtió efecto sobre el ánimo del rey. Al final, y como última opción, alguien propuso que quizá la visita de una bruja o un mago podría ser de ayuda. Hubo un original certamen de magia en el patio del palacio. Cada uno de los participantes sacó de su sombrero alguna cosa para sorprender al rey: conejos, serpientes, lechuzas, pañuelos de colores, pedacitos de papel de colores, burbujitas de jabón y dulces. Los más expertos volaron montados en sus escobas haciendo piruetas complicadas para arrancar al rey una sonrisa. Pero todo parecía inútil.

Las comisuras de la boca del joven monarca empujaban tanto hacia abajo que comenzó a lucir pucheros a toda hora del día. Su carácter se hizo amargo, tanto, que cuando entraba en una habitación, disimuladamente y de puntitas, los presentes huían por alguna puerta lateral. Nadie quería ya su compañía. Al pobre del pastelero los nervios lo tenían tartamudo. No sabía qué hacer. Cada día, sin falta, era llamado por su majestad a la hora de los postres para recibir en sus orejas un montón de quejas. El rey se sentía igualmente infeliz si la crema estaba muy dulce como si le faltaba azúcar, incluso una cereza chueca sobre un durazno era un buen motivo para llorar o hacer berrinche.

Así de difícil era la vida en el palacio. El frío que despedía el corazón del rey pronto hizo que sus ayudantes se vieran pálidos y nerviosos. Luego el frío escapó por las ventanas y alcanzó al resto de los habitantes de la ciudad. En las calles y en las casas se hicieron frecuentes las caras tristes o enojadas, llegó el momento en que era raro encontrarse con alguna persona sonriente o amable. Se había perdido la esperanza de recuperar la alegría y esta preocupación hacía que cuando se tocaba el tema del rey, la gente terminara discutiendo a gritos. Habían algunos que aseguraban que el mal del monarca se debía a un tremendo aburrimiento. Y otros decían que cuál aburrimiento ni qué ocho cuartos, que la tristeza al rey le nacía en los ojos, porque ya no era capaz de descubrir las cosas bonitas.

Cierto día, un pastor llegó a la ciudad. Traía un rebaño de ovejas para vender en el mercado. Mientras caminaba por las calles oyó, porque la gente no hablaba de otra cosa, de la tristeza del rey. Pero no tardó en darse cuenta que no sólo el ánimo del rey había cambiado, incluso los más pequeños en la ciudad se comportaban de manera extraña. En vez de correr y jugar juntos como solían hacer antes, lloraban y se arrebataban los juguetes de



la mano. Sin duda, pensaba el pastor, esta especie de mal se ha extendido y ahora aflige a todos los vecinos. De regreso a su aldea, el pastor se desvió un poco de su camino para visitar a una anciana que vivía en el bosque. Quería preguntarle si su sabiduría alcanzaba a ver la cura para aquello que estaba enfermando a la gente del reino. Ella conocía muchos secretos así es que le dijo al pastor que irían juntos a ver al rey, pero primero necesitaba mandar a hacer una joya especial con un artesano que supiera trabajar con metales y piedras preciosas. Por supuesto que el joven monarca los recibió de inmediato cuando su ayudante le anunció que una mujer anciana y un pastor se habían presentado en la puerta de palacio asegurando que traían una cura para su mal.

En cuanto la mujer sacó de una pequeña bolsita azul la joya que había mandado hacer al artesano, los presentes mostraron algo de confusión. Les parecía que era un hermoso presente, sin duda digno de un rey, pero se preguntaban de qué manera podría esa pieza curarlo. Vieron a la anciana poner en el dedo del monarca el anillo de plata fina adornado con algunas piedras de colores. En él se podía leer la siguiente frase:

"ESTO TAMBIÉN PASARÁ"

El rey pensó que la anciana quería jugarle una broma y su mirada se ensombreció. Los ayudantes estuvieron a punto de escapar de puntitas por la puerta lateral, pero sentían una enorme curiosidad así es que esperaron. "¿Qué clase de medicina puede contener un anillo?" gritó furioso el rey. Pero la mujer le pidió un poco de paciencia y le explicó que, aunque le pareciera descabellado, podía encontrar la cura a su mal con aquel anillo. Cuando se sintiera atormentado por los pensamientos que le causaban tristeza y angustia, simplemente debía leer una y otra vez la frase impresa en el anillo: "Esto también pasará". Y si Aláh lo permitía, en poco tiempo llegaría el alivio.

Para sorpresa de quienes vivían en el reino, unos días después el rey se había recuperado. No es que ya nunca más sintió tristeza, esa no habría sido una cura sino otra clase de enfermedad. Sino que leyendo la frase



impresa en el anillo, el joven monarca había obtenido un conocimiento precioso. Una especie de llave, como la de **BISMILÁ**, que le permitió observar la casa que es este mundo con nuevos ojos. Vio cómo todo, sin descanso, está continuamente transformándose. Así es que se dio cuenta que no hay en realidad qué temer, porque ninguna tristeza, ni angustia, ni miedo, ni dolor, durarán para siempre. Y también supo que sería más feliz si disfrutaba la compañía de quienes lo querían, de los juegos, de la salud, del trabajo, porque también eso, cuando llegue su tiempo, pasará.

Algunas personas sabias dicen que vivir en este mundo es como estar de viaje. Cada vez que respiramos o pestañeamos el mundo cambia por completo. Dicen además que los viajeros experimentados saben encontrar y disfrutar de la belleza de todo lo que ven a su alrededor. ¿Tú has notado lo variado que son los paisajes en el mundo?

Aunque la mayoría de los seres del planeta vivimos en paisajes compuestos de la sencilla combinación de tierra con agua, son muy diferentes los animales y las plantas que viven y crecen en lo alto de una montaña que los que viven en un valle. Y los valles son sumamente distintos que las profundidades del mar. Si te fijas, verás que un lago hace un paisaje distinto que un río o un océano. Y un grupo de robles hace un bosque que no se parece en mucho al que haría un conjunto de pinos. Tampoco una ciudad es igual a otra. Ni siquiera la calle de tu casa es como las demás calles del mundo —aunque muchas veces a mí me parezcan tan parecidas que confunda unas con otras.

Tampoco debemos olvidar lo que hace la luz en los paisajes y con nosotros. Lo mismo nos descubre y nos hace brillar que nos esconde. Cuando hay claridad vemos la montaña, los árboles, los pájaros y hasta algún venadito aunque esté lejos. Pero cuando la luz se marcha, aparece la noche, y todo ese hermoso paisaje queda escondido en medio de la oscuridad. Es fantástico. Apenas si podemos distinguir lo que está más cerca. Si quieres puedes hacer un experimento. Cuando llegue la noche, entra a tu habitación y mira todos los detalles que hay en ella. La cama, el color de las sábanas, las paredes, el techo, los juguetes, el piso... Y, cuando hayas visto todo, apaga la luz. ¿Qué puedes

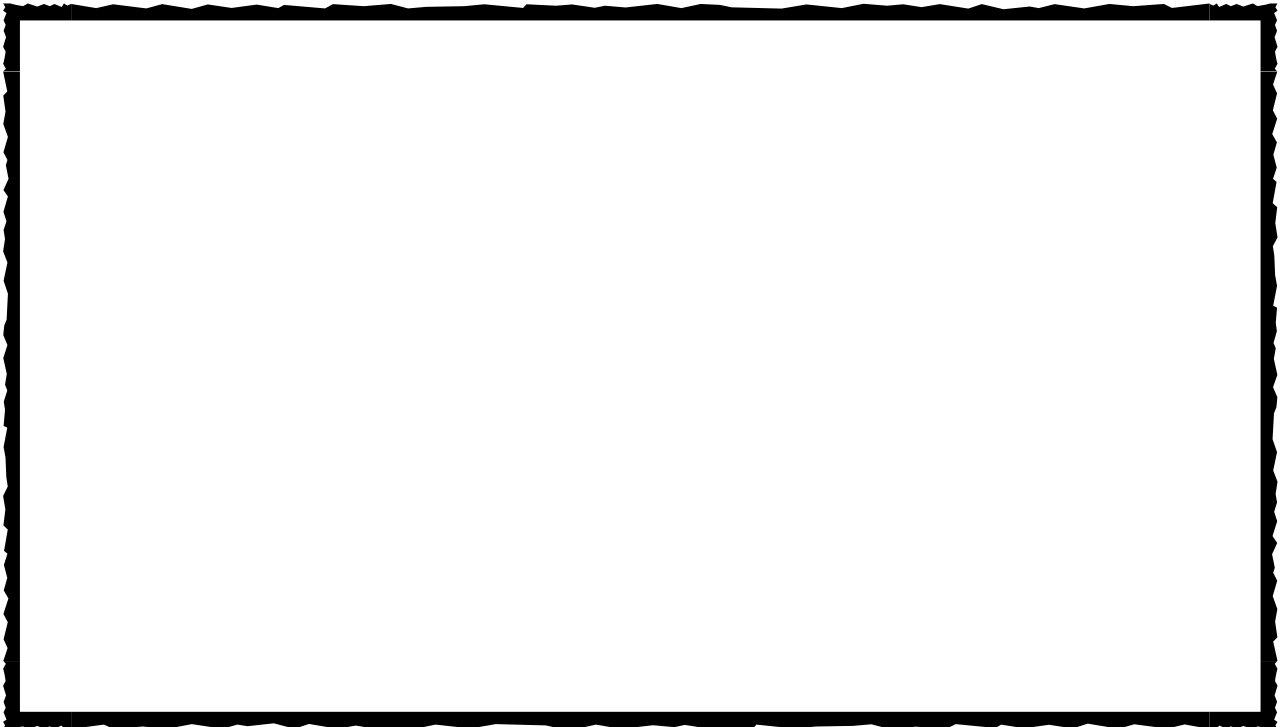


ver del paisaje que había en tu habitación? ¿y los colores dónde se escondieron?

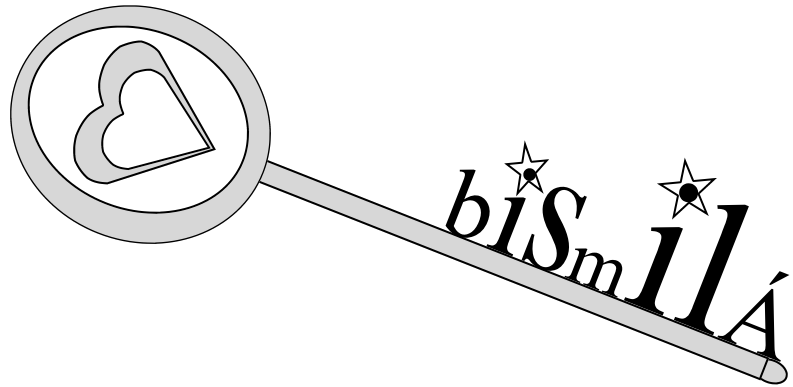
Ahora nos maravillaremos al ver las cosas que ocurren en la casa del mundo, y lo que guardamos en la casa de nuestro corazón, porque conocemos el secreto que le enseñó al rey triste aquella mujer sabia: que **todo pasa y se transforma**. Que nada en el mundo permanece igual por mucho tiempo. Disfrutaremos viendo cómo las flores de los árboles se deshojan para dar paso al fruto, que madurará de a poco hasta caer de la rama y mostrar su secreto: una pequeña semilla. ¿Y qué crees tú que tendrá dentro la semilla? Sí, tiene la vida de un nuevo árbol.

Nosotros también cambiamos. Y nos están ocurriendo transformaciones milagrosas aunque no siempre nos demos cuenta. Como por ejemplo, la forma que tiene nuestro cuerpo de crecer sin que podamos oírlo. Pero aunque nuestro cuerpo crezca en silencio, algo delata sus cambios: la ropa, de pronto, nos queda chica. ¿No te parece fantástico? A mí me gusta especialmente cuando descubro que los deditos de mis pies ya no caben en los zapatos.

Todo cambia en la casa de este mundo, hasta las enormes montañas, que como son muy longevas y algo presumidas, les gusta hacernos creer que siempre han estado ahí.



DIBUJA DENTRO DE ESTE MARCO EL PALACIO Y EL PASTOR DEL CUENTO

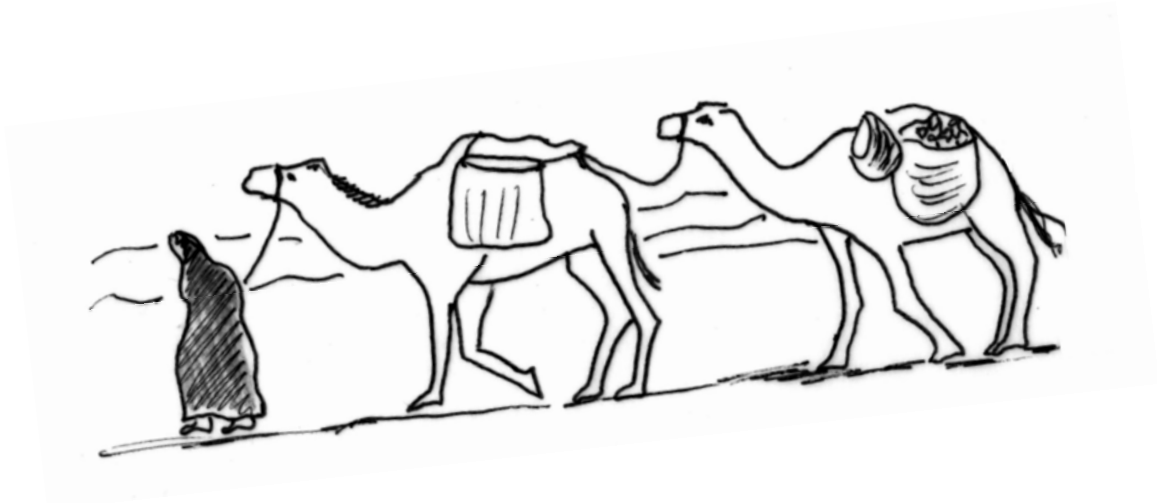


**“UNA MADRE, UN NIÑO,
UN POZO Y UNA CIUDAD SAGRADA”**

Cuando hayas abierto con la llave de **BISMILÁ** este nuevo capítulo,
haz un turbante para tu cabeza con una bufanda o una toalla.

¡Nos vamos de viaje al desierto!

A uno enorme, en el cual, la mayor parte del tiempo
los viajeros sólo ven montes de roca, cielo y arena.





Imagina que somos parte de una larga caravana y que vamos montados en hermosos camellos. Viajamos por un desierto donde la arena y las piedras siempre tienen sed, porque suelen pasar meses sin recibir ni siquiera unas pocas gotitas de lluvia. Los días son largos y calurosos, y los esforzados viajeros tienen que llevar cubierta la cabeza para no enfermarse con tanto sol. Por eso en las caravanas la gente lleva puestos los sombreros más extraños: redondos, rectangulares, con picos como los que usan las brujas de los cuentos o con viseras como los de los soldados. Sirven igual si están hechos de paja que de tela, y no te extrañe si ves a algún viajero olvidadizo que, a falta de otra cosa, tenga que ponerse en la cabeza un calcetín. Pero lo más elegante y típico en este desierto es usar turbante. Los guías de caravana son expertos en el arte de enredarse a la cabeza una larga pieza de tela de color negro. Cuando terminan de atarse el turbante, dejan por detrás, cayéndoles sobre su espalda, uno de los dos extremos de la tela. Se podría pensar que es un adorno, pero en realidad, les servirá para cubrirse la cara cuando el reflejo del sol los deslumbrare o cuando el viento haga de las suyas. Es muy común que el viento sople de pronto y comience a levantar y a mover la arena por los aires obligando a las caravanas a detenerse para no perder el rumbo. En esas circunstancias los viajeros también tienen que cubrirse los ojos y la nariz como hacen los guías y esperar pacientemente a que vuelva la calma. Hasta los camellos, que son animales que aman y conocen de memoria el desierto, se quedan quietos cuando el viento arma semejantes alborotos.

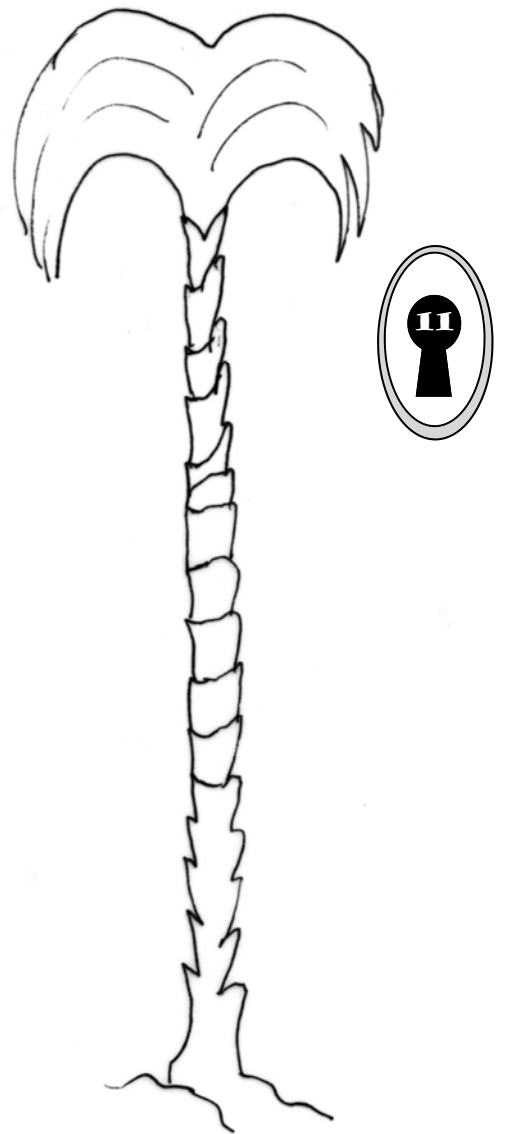
Según pase el día dejará de sentirse tanto el calor. Y para cuando llegue la noche sentiremos mucho frío. Por eso las caravanas se detienen y acampan antes de que el sol se esconda. Tendremos que abrigarnos muy bien para poder salir de la tienda de campaña y acostarnos sobre la arena a mirar al cielo. No podríamos perdernos un espectáculo tan bello, hay pocos lugares en el mundo

donde el cielo muestra a los curiosos todas sus estrellas. Aquí no sólo brillan las estrellas grandes, las que conoces porque se ven desde la ventana de tu casa. Se asoman incluso las más pequeñitas de todo el universo, las estrellitas que están naciendo. Y también las que están tan lejos o las pobres son tan viejas, que ya les cuesta algo de trabajo brillar. Si las observas con detenimiento descubrirás que su luz tiene matices, pueden verse algo rojizas, amarillentas, azulosas, o blanquísimas. Y algunas estrellas incluso forman con otras ciertos dibujos que sirven de orientación para los guías de las caravanas. Tampoco sería raro si nos tocara ver algunas estrella fugaces, de esas que siempre están nerviosas y viajan a toda prisa de un extremo al otro del cielo.

Ahora que conoces cómo el día y la noche en el desierto, dime: ¿cuál te parece a ti que podría ser su más grande tesoro? ¿Aquello que cualquiera quisiera encontrar para no morir de sed? Sí. ¡El tesoro de los desiertos es el agua! Imagina qué sentirías si después de viajar viendo solamente arena y piedras, y más arena y más piedras, de pronto encontráramos un pozo de agua rodeado con hermosas palmeras que ofrecen al viajero su sombra y sus dulces dátiles. ¡Qué alegría nos daría ver a lo lejos el verde de las palmeras! Sin duda hasta los camellos caminarían más rápido. Ellos también querrían refrescarse y beber.

Al llegar a un oasis las caravanas se detienen por dos o tres días para que todos recuperen sus fuerzas. Las tiendas se levantan entre las palmeras y los viajeros descansan en ellas durante las horas del día. Pero cuando llega la noche los miembros de la caravana se reúnen alrededor de una fogata para pasar unas horas juntos cantando y comiendo dátiles. Suelen dejar para el final de su reunión el relato de las antiguas historias del desierto. Siempre es alguno de los guías quien toma la palabra y comienza diciendo:

Hace miles de años atrás, muy cerca de aquí, ocurrió un milagro. Era un día extremadamente caluroso y una hermosa mamá conocida con el nombre de **Agar** caminaba por este desierto cargando entre sus brazos a su pequeño hijo **Ismael**. Ella es una de las mujeres importantes de nuestra gran familia humana, y había recibido una invitación de **Aláh** (el único *dueño* de todos los paisajes del mundo) para



buscar un nuevo lugar en el cual establecerse y vivir con su pequeño niño. **Agar** caminó y caminó esperando ver alguna señal de **Aláh** que le indicara dónde era el lugar en el que debía hacer un nuevo hogar. Pero después de horas no había visto más que arena y piedras, ni siquiera un pozo pequeño del cual dar de beber a su hijito. Cuando llegaron a un valle pequeño llamado **Meca**, la madre **Agar** sintió una ansiedad enorme al ver que **Ismael** estaba casi muriendo de sed. Dejó al niño recostado a la sombra de unas altas piedras para poder subir corriendo a lo alto de un monte cercano, conocido con el nombre de Safa. Tenía la esperanza de ver a lo lejos alguna caravana acercándose a la cual poder pedir ayuda. Pero no vio a ninguna persona que pudiera socorrerlos. Entonces corrió nuevamente sin perder de vista al niño. Se dirigió hacia lo alto de otro monte, el Marwa, que estaba al otro lado. “Quizá —debe haber pensado la madre **Agar**— desde allí pueda divisar algún oasis para dar de beber a mi niño.” Pero no pudo ver más que arena y piedras.

¿Puedes imaginar lo triste y asustada que se sintió la madre **Agar**? Corrió una y otra vez la distancia que había entre las cimas de Safa y Marwa pidiendo la ayuda de **Aláh**. Después de siete veces de hacer este recorrido escuchó una voz que se le decía que no se afligiera, que su súplica había sido oída por **Aláh** y la sed de Ismael y la suya propia serían calmadas. En el valle, cerca de Ismael, Agar vio que un ángel dio un golpe sobre la tierra con la punta de una de sus alas. Y en el lugar donde el ala tocó la tierra vio nacer un poderoso manantial de agua pura y fresca. ¡Ah! ¡Qué alegría! ¡qué enorme alegría y gratitud!

A la madre Agar debe haberle parecido que el desierto se iluminaba cuando por fin pudo dar de beber a su hijo Ismael y luego beber ella misma hasta quedar saciada por completo. El agua —que ya sabemos cómo es de escurridiza—, pronto aumentó su caudal y comenzó a alejarse corriendo sobre la tierra. Buscaba un caminito por el cual irse hacia el desierto, pero la madre Agar no la dejó irse, amontonó arena, tierra y piedras alrededor del lugar en el cual brotaba. Así, el agua del manantial se juntó en un pozo que lleva por nombre **Zamzam**. De él han bebido por miles de años todos los visitantes de la ciudad sagrada de **Meca**.

Al poco tiempo, y gracias a la vida que daban las aguas del pozo del **Zamzam**, en aquel pequeño valle fueron creciendo algunas palmeras. La madre Agar instaló bajo su sombra una tienda en la cual vivir con su hijo. En el desierto las noticias corren rápidamente, sobre todo tratándose de pozos de agua. Y cuando se supo del nacimiento milagroso del **Zamzam**, las caravanas comenzaron a detenerse cerca





de la tienda de la madre Agar y de su hijo Ismael. Pedían permiso para dar de beber a los camellos y para que los viajeros descansaran un poco en aquel nuevo oasis antes de seguir adelante. Agar quizá cambió dátiles por ovejas y cabras hasta reunir un pequeño rebaño que le diera leche y lana, y con el tiempo, aceptó que algunas familias se establecieran en las cercanías del pozo. Así fue cómo la madre Agar fundó la ciudad sagrada de **Meca**.

Pasaron los años, y cuando el pequeño hijo de Agar había crecido hasta convertirse en un joven fuerte y en un valiente cazador, llegó a visitarlos a la ciudad de Meca su padre, el profeta Abraham. Abraham es uno de los padres más importantes que existieron en la gran familia humana a la que todos pertenecemos. De su descendencia florecieron, como si fueran ramas de un mismo árbol, los pueblos judío, cristiano y musulmán. En realidad, el trabajo de los profetas ha sido siempre el mismo: se ocupan principalmente de traer la enseñanza de **Aláh** y de recordarnos aquellas cosas importantes que se nos olvidan. Sí, a veces olvidamos que somos miembros de una sola familia, que todo cambia en el mundo, que vivimos aquí como huéspedes y viajeros disfrutando de lo que **Aláh** nos muestra... Por eso se dice que los profetas son nuestros amigos, ellos guardan la memoria de las cosas que **Aláh** ha dado a la gran familia humana, ellos saben que **Aláh** puso sus tesoros en nuestros corazones y nos enseñan a encontrarlos. Los profetas recuerdan todo lo que es

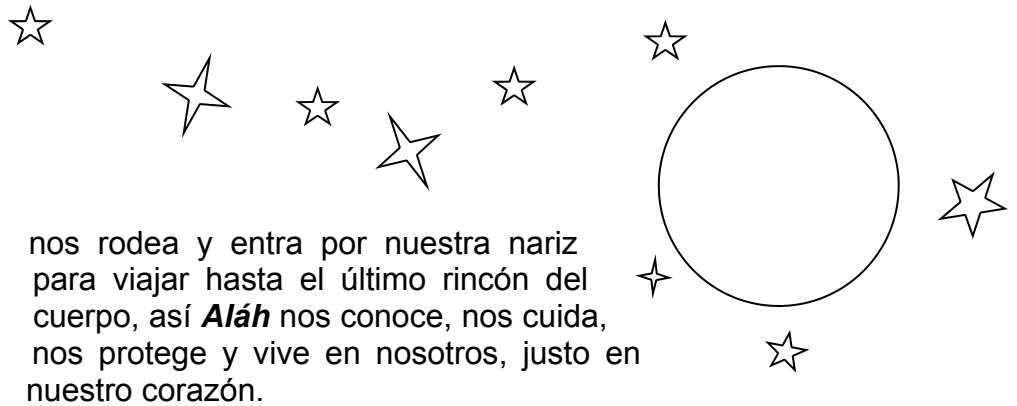
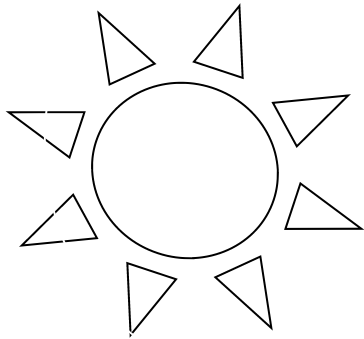


importante recordar, y son los mejores guías de caravana. Pueden llevarnos por un hermoso camino, directo y claro, a través del viaje de nuestra vida incluso en medio de la peor de las tormentas de arena. Con ellos podemos ir por la casa de este mundo encontrando bondad y hermosura a cada paso.

Abraham, como todos los profetas, solía hablar sobre los misterios que **Aláh** le confiaba a él para que se los transmitiera a la gente de su pueblo. Y como siempre trataba de conocer más y más profundamente esos misterios, en una ocasión decidió pasar unos días a solas en el desierto. Escogió un lugar alto desde el cual pudiera contemplar el paisaje del desierto con detenimiento y allí se sentó. Él estaba seguro de que toda la belleza que existía en el mundo, así como la imponente fuerza de los rayos, del viento, y de las tormentas, le pertenecían sólo a **Aláh**. Pero quería ver esto con sus propios ojos.

Faltaba poco para la hora del atardecer, así es que pronto Abraham descubrió en el cielo al lucero de la tarde. Se trata de una estrella solitaria que anuncia la llegada de la noche. (Tú puedes verla también. Aparece sola, justo en el momento en que el sol se ha ocultado pero aún queda algo de la claridad del día.) Abraham vio que el lucero aumentaba su brillo según el cielo se volvía más negro. Y advirtió también que, a medida que la luz del sol desaparecía, el paisaje que lo rodeaba quedaba oculto por la oscuridad. Ya no podía ver dónde estaban las cosas. Sin embargo, esa negrura que le impedía ver lo que había sobre la tierra, le mostraba las estrellas en el cielo. ¡Qué curioso! hay cosas que se esconden detrás de la luz y otras que se esconden detrás de la oscuridad. También hay cosas que sólo se ven con la claridad del día y otras que sólo pueden verse en medio de la noche.

Cuando el profeta Abraham vio brillando el lucero de la tarde, comprendió que todo lo que existía en el mundo, todo lo que existía en el cielo, y lo que existía entre ambos, era parte de un mismo y único reino: el preciosísimo reino de **Aláh**. ¡Imagínate qué grande es el reino en el cual estamos! Pero a pesar de lo inmenso que es el reino, **Aláh**, el rey, está siempre muy cerca de cada cosa y de cada uno de nosotros. Abraham sabía que tal como sucede con el aire, que



nos rodea y entra por nuestra nariz para viajar hasta el último rincón del cuerpo, así **Aláh** nos conoce, nos cuida, nos protege y vive en nosotros, justo en nuestro corazón.

De pronto, la noche del desierto se iluminó. El padre Abraham vio que por detrás de la montaña aparecía una inmensa luna llena. ¡Ah! ¡Cuánto más hermosa y clara le pareció la luna que cualquier otra de las estrellas! El lucero que había observado un poco antes no podía compararse con la belleza de la luna. Entonces el profeta Abraham comprendió que el reino de **Aláh**, compuesto por un sinfín de vidas y de paisajes que siempre están cambiando, es semejante a un gigantesco espejo. Porque donde sea que uno mire, las cosas que nuestros ojos verán serán reflejos de la belleza de **Aláh** que hace que todo brille con su hermosura.

Así pasó Abraham la noche en el desierto, admirando la belleza de **Aláh** reflejada en el cielo nocturno. Estaba maravillado con la luna, que lentamente había cruzado el cielo hasta lo más alto para después comenzar el descenso e irse a esconder nuevamente. Entonces comenzó a clarear el día anunciando la próxima llegada del sol. Los primeros rayitos de luz fueron borrando del cielo la luz de las estrellas y mostrando las cosas que había sobre la tierra. Abraham pudo volver a ver la arena y las pequeñas piedras en el piso del desierto. (¿Recuerdas el experimento del día y la noche que hiciste en tu habitación? Al apagar la luz te pareció que tus juguetes y tu cama habían desaparecido, pero ahí estaban, y los viste de nuevo cuando volvió a brillar la luz. Como Abraham, tú también te diste cuenta de lo maravillosa que es la luz, que si se marcha, es capaz de llevarse de nuestra vista todas las cosas.)

El padre Abraham volvió a mirar cada detalle del desierto bajo la deslumbrante claridad del sol, y supo de inmediato que **Aláh**, después de haberlo invitado a contemplar su belleza a través de la brillantez de la luna y las estrellas, le estaba mostrando ahora su imponente poder dejándole ver el mundo nuevamente, como si fuese recién creado. El profeta contempló esta enseñanza durante muchas horas. Y el sol subió hasta lo más alto del cielo y luego, en el momento en que la tarde iba a terminar ¿qué dirías tú que pasó? Pues sí. Apareció otra vez el lucero de la tarde anunciando la próxima llegada de la noche. Entonces, el buen profeta Abraham le pidió a **Aláh** que le mostrara el misterio que esconde en su reino, oculto detrás de todo lo que está siempre cambiando. Tú ya sabes, por la historia del rey triste, que todas las cosas y los seres del reino cambian. Y Abraham quería ir más allá de las cosas que siempre cambian, quería encontrar aquello que permanece firme e igual.

“Por favor amado **Aláh** —debe haber suplicado Abraham en el desierto—



llévame más allá de todo lo que cambia. Llévame más allá incluso de tu tierna belleza y de tu imponente poder.”

Y como **Aláh** jamás deja de responder a una pregunta o a una súplica sincera, le hizo saber a Abraham que **Aláh** es lo único que no cambia nunca. Siempre está presente, en la belleza y en el poder que vemos, y también está en la alegría y en el dolor que sentimos. Porque **Aláh** es la luz que nos permite ver y sentir. Es la vida que brilla en los corazones. (Seguramente ahora tú podrías adivinar con facilidad de quién aprendió aquella anciana del cuento la sabiduría que mandó grabar en el anillo del rey triste.)

Estas son la caligrafía y el nombre **Aláh**. ¿Te gustaría colorear las dos palabras y dibujar alrededor de ellas plantas y pájaros?



A l á h

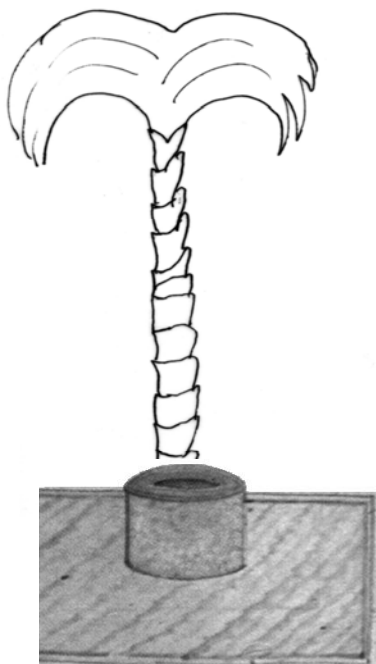
Ahora, que ya sabemos algunas de las cosas que **Aláh** le enseñó al profeta Abraham, regresemos a lo que sucedió durante su visita a la recién fundada ciudad de Meca. Abraham viajó hasta allí, a través del desierto, sólo para cumplir con una tarea que **Aláh** le había encargado. Ya en la ciudad, y después de alegrarse de ver a Agar y a su hijo, le pidió a Ismael que le ayudara a construir una casa muy especial que **Aláh** había pedido que se construyera allí para recibir en ella a los peregrinos por muchos, muchos, muchos miles de años.

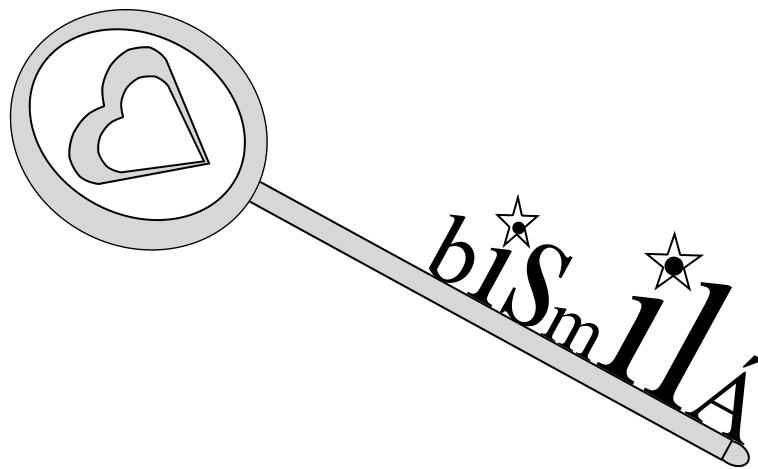
Ismael y su padre, Abraham, construyeron juntos una casa para **Aláh** muy cerca del lugar en el cual había brotado el manantial del **Zamzam**. A esa casa se le conoce hasta hoy con el nombre de la **kaaba**. Y es uno de los sitios más sagrados que existen en el enorme paisaje de este mundo. **Aláh** pidió que se construyera ese santuario para que los descendientes de Abraham pudieran viajar hasta allí y recordaran que la **kaaba** representa el lugar donde **Aláh** ha vivido siempre: ¡nuestro propio corazón!

En cuanto Abraham e Ismael concluyeron la **kaaba**, dieron siete vueltas alrededor de ella. La gente supo que el profeta Abraham y su hijo, el profeta Ismael, habían hecho una casa en Meca a la que siempre estarían invitadas las mujeres y los hombres de todas las edades, los niños y las niñas de todos los pueblos. Desde entonces no han dejado de ir los peregrinos. Cada año rodean la **kaaba**, suben a los montes de **Safa** y de **Marwa** haciendo el mismo recorrido que hizo nuestra madre Agar antes de que brotara el manantial del **Zamzam**, y luego beben de sus aguas.

Ahora mismo, mientras tú escuchas o lees esta historia, hay peregrinos caminando alrededor de la **kaaba**. Pon atención. ¿Puedes oírlos? Le dicen a **Aláh**: “Aquí estoy **Aláh** a tu servicio” repitiendo las palabras:

“Labaik alajuma labaik...”





“EL AÑO EN QUE UN ELEFANTE SE NEGÓ A CAMINAR”

Abre los secretos con la llave de **BISMILÁ...**



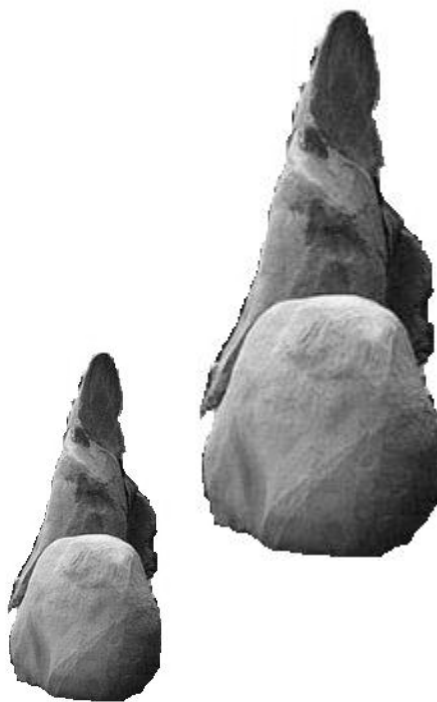
Después de varios miles de años, el lugar fundado por la madre Agar junto al pozo Zamzam, se había convertido en una ciudad pequeña pero sumamente próspera. No sólo atraía a las caravanas, que varias veces por año llegaban hasta sus puertas con enormes cargamentos de preciosas telas, especias, alfombras, granos y perfumes. Meca también recibía a una multitud de peregrinos que viajaban enormes distancias para visitar el santuario de la **kaaba**, para pasar unos días en la casa de **Aláh**. Sin duda, en el santuario habían ocurrido muchos episodios asombrosos, pero hubo un año en que los habitantes de la ciudad fueron testigos de dos enormes prodigios. Primero vieron una batalla que los dejó sin aliento, y apenas unos meses después de eso, nació allí un hermosísimo niño. Un descendiente de Abraham, de Agar, y de Ismael, que traería el más hermoso mensaje de **Aláh**, se trataba del profeta **Mujámmed**. Pero no nos adelantemos en la historia. Veamos primero lo que pasaba unos meses antes de que naciera nuestro buen amigo **Mujámmed**.

Tanto en Meca como en los pueblos de los alrededores, la mayoría de la gente vivía haciendo todo lo que podía para obtener más riqueza y más esclavos, para que sus familias fueran extensas y prósperas, para ser reconocidos y respetados, o para ser famosos por valientes, hermosos, magnánimos o inteligentes. Esperaban que lo que hacían les hiciera sentir muy felices, pero no siempre lo lograban. Hacía muchos años que eran muy pocas las personas que todavía seguían las enseñanzas del profeta Abraham. El resto, ya no era ni siquiera capaz de recordarlas, y quizá fue ese olvido la causa de que se hubiesen llenado de temores.

Los olvidadizos comenzaron por asustarse con los cambios naturales de la suerte, y luego tuvieron miedo de las enfermedades, de ser pobres, de morir, de perder el honor y las batallas, de sufrir, de ser deshonrados y hasta de llegar a viejos. Casi sin darse cuenta, el miedo les hizo inventar fábulas que repitieron tantas veces que ellos mismos terminaron por creérselas. Dieron en pensar, por ejemplo, que **Aláh** los había dejado; que se había retirado a un lugar muy, muy lejano, y por eso no podían hablar directamente con él. Pensamientos como estos los hicieron sentir tan indefensos e infelices que pronto pusieron de moda el uso de todo tipo de talismanes y amuletos.

Se llevaron a sus casas algunas piedras del desierto y depositaron en ellas su confianza. Esperaban que las piedras les dieran algunos poderes especiales para su protección. Es posible que algún hombre que temiera perder su cosecha a causa de una prolongada sequía, decidiera atraer las lluvias rezándole a una pequeña piedra que hubiese encontrado en un charquito de agua. Entonces, su vecino de junto, bien pudo haber recogido del suelo una piedra redonda asegurando que le daría buena fortuna. Y quizás, un peregrino que los escuchó discutir y que no quiso que la gente de su pueblo fuera menos que los habitantes de Meca, fue al desierto con sus hijos y se llevó a su comunidad un peñón, lo puso frente a su casa y dijo que aquella piedra era una diosa. ¡Uf!, no sabes cuántos problemas hubo. Los peregrinos comenzaron a llevar a Meca sus talismanes para depositarlos en la casa de **Aláh**. Cada persona quería que su piedra, piedrita o piedrota fuera mejor, más mágica, y más poderosa que las de sus vecinos.

Como es natural, la envidia y los celos hicieron de las suyas dentro de algunos corazones. Los confundieron con un vapor oscuro, una especie de niebla que con el tiempo, se les subió hasta los ojos y ya no les dejaba ver que las piedras no tenían ninguna magia. No dependía de ellas que las lluvias llegasen, ni podían darles o retirarles las riquezas, ni tampoco les ayudarían a vencer en las guerras que peleaban. Ellos en realidad y sin saberlo, adoraban sólo a sus propias



ideas, a lo que pensaban que estaba bien y mal, a lo que creían sobre ellos mismos, sobre dios, sobre lo que era el mundo y sobre lo que debían hacer los demás. Por eso la envidia, como si fuera una banda de ladrones, les robó buena parte de su bondad y los hizo indiferentes. Si no les importaba la necesidad de un pariente lejano de su propia familia, menos pensaban en la pobreza de sus vecinos. Preferían hacer como que no los veían y caminaban por la calle con la cabeza echada un poco hacia atrás y una mano metida en el bolsillo ocupada en cuidar sus monedas.

Este estado de cosas llevó a los habitantes de Meca a una disputa con la gente de otra ciudad que quedaba al norte, a varias jornadas de viaje a través del desierto. Habían pasado algunos años compitiendo acerca de la fama y la importancia de sus ciudades y ahora, que los vecinos del norte acababan de construir una enorme y lujosa catedral, la disputa se había vuelto más cruel.

Muchos de los peregrinos que solían visitar la casa de **Aláh**, ese año prefirieron ir a ver el nuevo santuario que se acababa de inaugurar en la vecina ciudad del norte. Esto llenó de celos el corazón de un grupo de hombres de Meca que tomó la decisión, sin consultar con sus vecinos, de emprender un viaje hasta la ciudad del norte para escandalizar en su nueva catedral. Esperaban regresar sin ser vistos, pero por supuesto, alguien los reconoció y se supo de inmediato que quienes habían molestado en el templo eran hombres de Meca. Todos en la ciudad del norte se pusieron furiosos, y su gobernante reunió sus ejércitos para entrar al santuario de Meca, a la **kaaba**.

La situación era verdaderamente triste. Porque quienes habían ido a dañar la gran catedral, así como el ejército que ahora venían con la intención de destruir la **kaaba**, no estaban en realidad preocupados por los lugares sagrados. Ambos bandos sólo querían ver crecer su fama y sus riquezas. Querían atraer hacia los santuarios de sus ciudades a los peregrinos y hacer prevalecer sus ideas y sus dioses sobre las ideas y los dioses de los otros.

El ejército que avanzaba hacia la ciudad de Meca buscando venganza era imponente. Estaba compuesto por cientos de guerreros, que montados a caballo o sobre sus camellos, avanzaban por el desierto luciendo mallas de combate, y armados con arcos, flechas y espadas. Al frente, presidiendo la marcha, caminaba con paso lento un bellissimo elefante. El enorme animal llevaba las orejas y la trompa adornadas con joyas preciosas y plumas, como se estilaba en aquel entonces, y su domador, cada vez que se aproximaban a algún poblado lo hacía levantar la cabeza y





barruntar (así se le llama al poderoso grito de los elefantes). Por supuesto que los habitantes de cada aldea que había de camino a la Meca se ponían a temblar de inmediato cuando los veían aparecer a lo lejos. ¿Y a quién no le temblarían las rodillas si semejante grupo de guerreros quisiera hacerle a uno una visita? Pero luego, al comprobar que no era a ellos a quienes querían atacar, despedían al ejército agitando sus brazos, aplaudiendo, y dando un gran suspiro de alivio.

En aquel entonces, el personaje más respetado de la ciudad de Meca se llamaba **Mutalib**, y sólo unos meses después, él sería el feliz abuelito del bebé que llevaría por nombre **Mujámmed**. Mutalib era un hombre sabio, que se ocupaba en repartir el agua del Zamzam entre los peregrinos que llegaban al santuario. Esta era la tarea que tenía encomendada su familia y para él era la más importante y honorable. Amaba saciar la sed de los invitados a la casa de **Aláh** con el agua purísima del pozo que había brotado hacía miles de años como respuesta a las súplicas de la madre Agar.

El buen **Mutalib** nada había tenido que ver con las intrigas que unos meses antes habían llevado a un grupo de hombres a atacar la catedral de la ciudad vecina del norte, pero como el resto de los habitantes de Meca, ahora recibía la amenaza del ejército. Cuando alguien tocó a su puerta para avisarle que el enorme grupo de guerreros encabezado por el elefante enjovado estaba en las puertas de la ciudad, alistándose para atacar, el sabio **Mutalib** decidió ir a presentarse con quien dirigía aquel ejército.

El jefe del ejército lo recibió de inmediato pensando que traía la rendición de la ciudad. Pero pronto se dio cuenta que **Mutalib** venía a exigirle que diera la

orden a sus guerreros de regresarle los doscientos camellos que le habían robado. El jefe quedó impresionado con la petición. Se preguntaba cómo era posible que un hombre tan bueno y noble como **Mutalib** se preocupase primero por sus camellos que por la amenaza que él había hecho de arrasar la casa de **Aláh**. Pero **Mutalib** le aclaró que él sólo tenía a su cargo los camellos, por eso iba a reclamarlos. La casa sagrada pertenecía a **Aláh** y **Aláh** mismo la defendería. El jefe del ejército rió de buena gana con la respuesta del sabio **Mutalib**. Le pareció tan ocurrente, que ordenó que se le devolvieran sus camellos y luego le advirtió que en unas horas atacaría el santuario de la kaaba y nadie podría detener a su ejército.

El futuro abuelito de **Mujámmed** regresó a Meca con sus camellos y pidió a los habitantes que abandonaran la ciudad de inmediato, que se reunieran en lo alto de uno de los montes desde el cual pudieran ver lo que sucedería. No había más que hacer, ellos no tenían guerreros ni armas suficientes para enfrentar a un ejército como el presidido por el elefante enojado. Cuando todos sus vecinos habían abandonado a salvo la ciudad, **Mutalib** se acercó a la **kaaba** y tomando el aro que

adorna su puerta le habló así a **Aláh**: “Oh mi querido **Aláh**, yo, siendo apenas un pobre servidor tuyo, protegí a mis camellos. Por favor Tú protege tu casa.” Y después de besar la puerta, dejó la ciudad para reunirse con sus vecinos que lo esperaban ansiosos desde lo alto del monte.

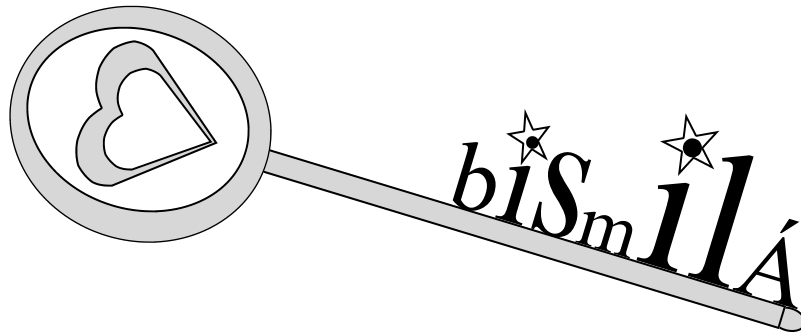
Ahora veamos lo que sucedía justo en la entrada de la ciudad de Meca. Cada guerrero había ya tomado su sitio en la formación. Unos iban a caballo, otros a pie, y las armaduras y los sables reflejaban el sol haciendo lucir aún más peligrosos a quienes los portaban. Al frente de las líneas de jinetes y guerreros de a pie, estaba el imponente elefante enojado. De vez en cuando, el domador le decía unas palabras y el elefante barruntaba, abanicaba las orejas y levantaba la trompa para meterle miedo al enemigo. Estaban listos, y esperaron en silencio y muy atentos para escuchar la orden que iniciara el avance. Y cuando el jefe del ejército por fin gritó: “¡Ataquen! ¡Plás! el elefante se puso de rodillas negándose a caminar. En un primer momento los guerreros se desorientaron, pero casi de inmediato sintieron furia y le dirigieron insultos al pobre animal para que se pusiese de pie. Incluso le picaron la panza y las costillas para ver si causándole dolor lograban que se moviera... Pero nada.



Los habitantes de Meca, que observaban estos sucesos desde lo alto del cerro, no podían creer lo que veían sus ojos. El jefe del ejército tuvo una idea: ordenaría la retirada para ver si el elefante estaba dispuesto a pararse. Y así fue. En cuando los guerreros volvieron la espalda a la ciudad, el elefante enjoyado se levantó del piso y se alistó para regresar por donde había venido. Entonces, sorpresivamente, el jefe volvió a gritar: “¡Al ataque!” y rápidamente los guerreros giraron en dirección a Meca. ¿Qué crees que hizo el elefante? Dio media vuelta y ¡plás! otra vez se puso de rodillas.

A pesar de lo extraordinario de la situación, el jefe del ejército no se detuvo a pensar. No se le ocurrió que quizá el elefante le estaba trayendo una invitación de **Aláh** para que abandonase el intento de atacar su casa. Pero ya se sabe que cuando alguien está furioso pierde primero que nada la cabeza. Y el jefe, en vez de retirarse en paz, insistió en dar la orden de seguir adelante y abandonar a su suerte al elefante enjoyado. En el preciso momento en que el ejército comenzó su avance, se oyó un tremendo estrépito. El ruido parecía acercarse a toda velocidad haciéndose más y más intenso. Provenía de una especie de nube oscura que se movía hacia ellos desde el norte ocultando la luz del sol. Los hombres miraron y volvieron a mirar, pero no atinaban a descubrir qué podía ser aquello. ¿Sería una tormenta de arena? ¿Una invasión de langostas? En realidad no era nada de eso, y lo comprenderían mientras trataban de huir horrorizados. ¡Estaban siendo atacados por un nutrido regimiento de pájaros! Cada ave traía en su pico un guijarro pequeño. Y, por increíble que parezca, cuando las aves los dejaban caer, el guerrero que era alcanzado por uno de aquellos diminutos trozos de tierra ¡cataplás! caía muerto en el acto, como fulminado por un rayo. Sobrevivieron apenas una docena de guerreros. Y por supuesto, también sobrevivió el hermoso elefante enjoyado que se negó a caminar.





“NACIÓ UN NIÑO MÁS HERMOSO QUE LA LUNA Y EL SOL”

Recuerda pronunciar la palabra **BISMILÁ** ...



Por tan asombrosa batalla, aquel año fue llamado “el año del elefante”. La noticia de la defensa que **Aláh** había hecho de su propia casa atravesó el desierto en todas direcciones. Los guías de caravana relataron lo que la gente de Meca vio desde lo alto del monte una y otra vez, sin dejar de lado ni un solo detalle. Algunos afirmaban que tan extraordinario suceso podía ser el anuncio de algo más. Y tenían razón. Unos meses después de que el elefante enojado se negara a caminar, nació en la ciudad de Meca un profeta que los sabios que vivían en el desierto habían estado esperando. Su mamá, **Amina**, había sentido una enorme tristeza en el corazón, pues el padre del niño, **Abduláh**, su esposo, acababa de morir de una enfermedad que le atacó al regresar de un viaje por el desierto. Sin embargo, su dolor se aliviaba a medida que se acercaba el momento del nacimiento del bebé.

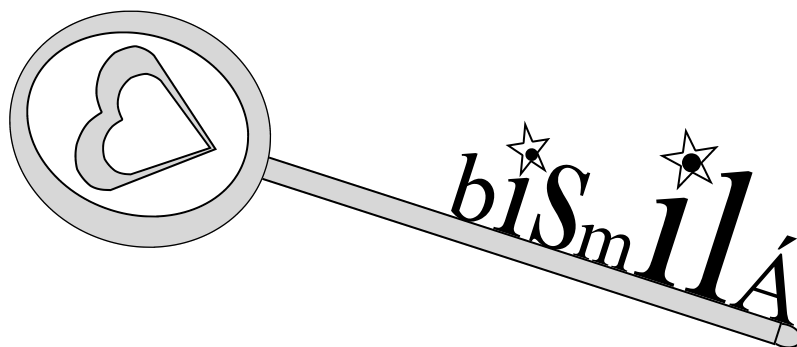
En cuanto nació **Mujámmed**, el sabio Mutalib fue por él y lo llevó al santuario. Era un niño hermoso, más aún que la luna y que el sol. Primero Mutalib presentó su nieto ante **Aláh**, en la kaaba, y luego ante todos sus familiares y amigos. Mientras vivió su abuelo, **Mujámmed** recibió de él amor y cuidados, sobre todo después que su mamá **Amina** murió. Pero Mutalib era muy viejo y no pasó mucho antes de que enfermara y también muriera. Entonces fue su tío **Abú Talib** quien recibió a **Mujámmed**. Lo llevó a su casa, y lo crió como uno más de sus hijos haciéndose cargo de todo lo que necesitaba para crecer sano y fuerte. A pesar de haber quedado huérfano siendo pequeñito y de no tener hermanos de sangre, **Mujámmed** nunca se sintió abandonado. Percibía la cercanía y los cuidados de **Aláh**, que lo rodeaba del amor de un buen número de primos de su misma edad con los cuales jugar.

Durante su infancia y su juventud en Meca, **Mujámmmed** disfrutó distribuyendo el agua del Zamzam entre los peregrinos. Primero acompañando a su abuelito y luego a su tío **Abú Talib**. Pero también pasó largas temporadas en el desierto con **Jalima**, una mujer que participó en su crianza brindándole amor y dedicación desde que **Mujámmmed** era un niño pequeñito. **Jalima** fue para él una segunda mamá. Ella pertenecía a un clan de mujeres y de hombres del desierto a los que no les gustaba vivir en las ciudades ni quedarse quietos en un mismo lugar. Mudaban sus tiendas de un oasis a otro, y recorrían la vasta extensión del desierto cazando y pastoreando su rebaños. Sobre todas las cosas, **Jalima** y su gente amaban la libertad.

También te hubiera gustado a ti, como le gustaba al niño **Mujámmmed**, oír por las noches los cantos y los poemas que les inspiraba la hermosura del desierto. **Mujámmmed** lo recorrió una y otra vez con la comunidad de **Jalima**. Jugó entre los niños de la comunidad y aprendió a cazar y a escuchar la silenciosa voz del desierto...

Con el pasar de los años, el niño se convirtió en un joven que era querido y respetado en la ciudad de la Meca por la nobleza de su carácter y la pureza de su corazón. **Mujámmmed** era veraz y honrado y muchos de los más destacados personajes de la ciudad le confiaron a él el cuidado de sus bienes familiares.





“UN RETRATO PINTADO CON PALABRAS”

¡¡¡BISMILÁ!!!!



Como en aquellos tiempos no había nacido ni siquiera el tatarabuelo de quien inventaría la primera cámara de fotos, la gente del desierto tenía su propia manera de hacer retratos para recordar a sus seres queridos. Los confeccionaban con palabras. Cada palabra debía tener el efecto de una pincelada y revelar un detalle importante de quien se quería retratar. Aunque cualquier inteligente diría en este momento que este tipo de retrato es menos exacto que los que podemos hacer hoy en día con cualquier cámara fotográfica o con un teléfono móvil, resulta interesante que después de algo más de mil cuatrocientos años, todavía podamos ver al profeta **Mujámmed** en el hermoso retrato que pintó con palabras uno de su compañeros más queridos llamado **Alí**.

Claro que este tipo de retrato, a diferencia de las fotos, se aprecian mejor con los ojos cerrados porque las palabras van juntándose en nuestro interior hasta que nos muestran una imagen. Así es que cerremos los ojos y oigamos las palabras de **Alí**, que dice que nuestro amigo **Mujámmed** es un hombre de apariencia robusta sin ser gordo ni demasiado delgado. Que tiene una piel muy suavecita, morena clara, y que huele mejor que el más fino perfume. Cualquiera que tome la mano del profeta **Mujámmed** guarda esa fragancia durante el resto del día, y si acaricia la cabeza de una niña o de un niño, se destacará de los demás por el aroma delicioso que queda prendido a su cabello.

El rostro de **Mujámmed** es sonriente y hermoso, con una frente despejada, cejas arqueadas y nariz recta. Cuando llega a estar molesto, se sabe enseguida porque se abulta ligeramente una venita que corre entre sus dos cejas. Tiene ojos negros, algo grandes, y sus manos son de palmas amplias y dedos gruesos y bastante largos. Usa barba, y a veces, deja crecer un poco su cabello. Quien lo



ve caminar por la ciudad tiene la impresión de que está dando un paseo, pero en realidad, quienes caminan junto a él terminan quedándose atrás o apresurándose hasta casi. ¡Ah! Y cómo le gusta saludar y desear paz a toda aquella persona con la que se cruza. Siempre es el primero en decirles: “**Asalam aleikum**” (que quiere decir “La

paz sea contigo”). Da igual si se trata de un viejo amigo suyo, de una de sus compañeras, de un desconocido o incluso si la persona en cuestión se considera su enemigo.

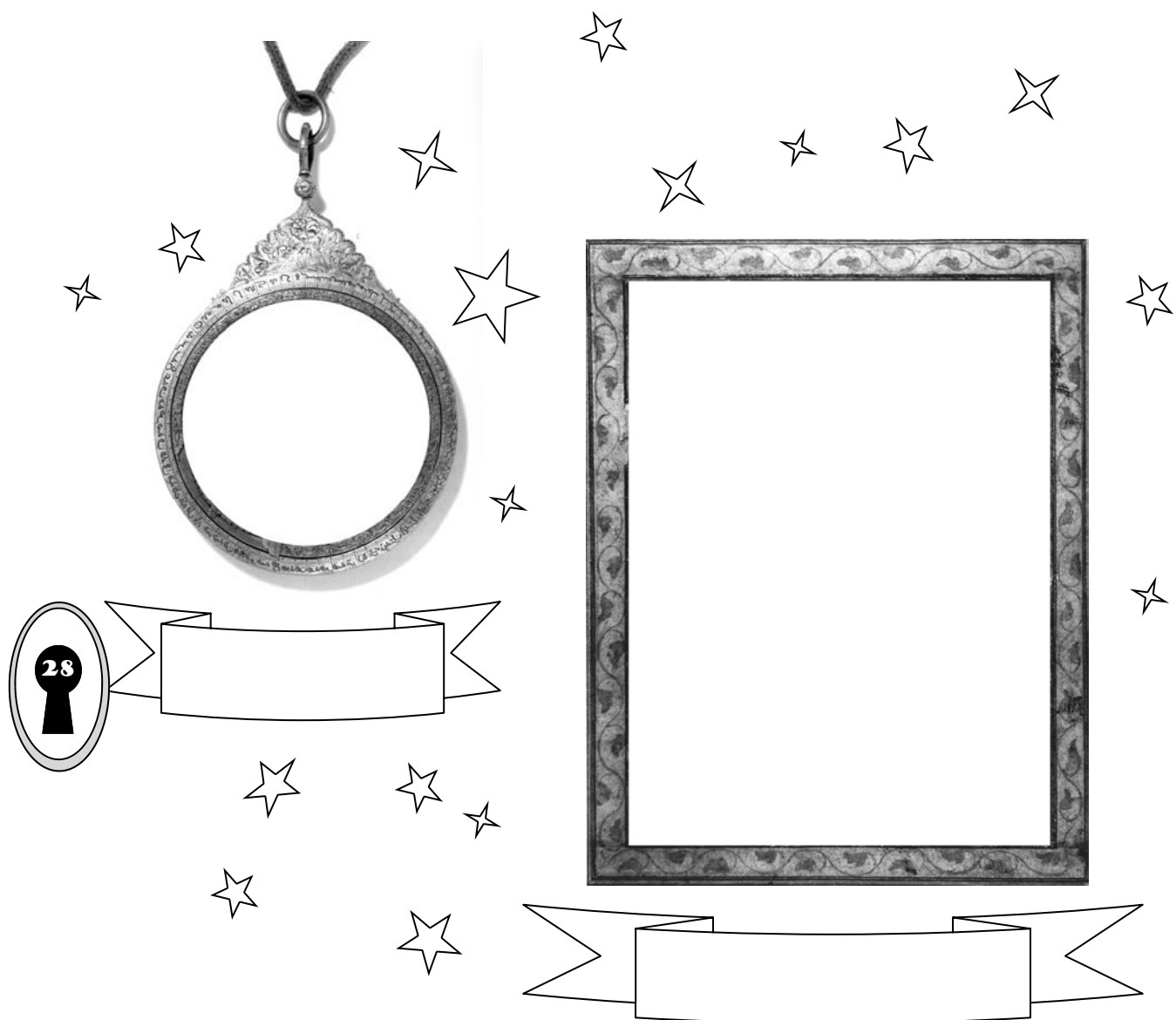
Nuestro amigo **Mujámmed** dedica con facilidad una sonrisa a cualquiera que se aproxima a él. Es muy agradable oírlo hablar y siempre es fiel a su palabra. Siente amor hacia todas las criaturas y es gentil con todas las personas, no sólo con quienes conoce o aquellos a quienes ama mucho. Es extremadamente bueno con los ayudantes de su casa y con quienes le sirven de cualquier manera. Él los alimenta y los viste como a él mismo...

Es un ser hermoso y feliz al que le gustaban muchos las fragancias sutiles y que oía con atención a las personas que se dirigían a él buscando su consejo, se tratase de alguien grande o pequeño. Siempre pedía la opinión de sus compañeras y de sus compañeros para cualquier asunto de importancia. Y también, si el caso lo ameritaba, reunía a todos los miembros de la comunidad para consultar con ellos y tomar decisiones juntos.

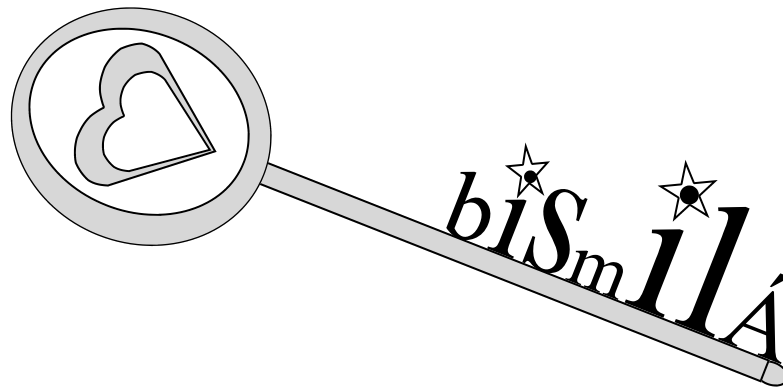
Como ves, son muy curiosos estos retratos pintados con palabras. Nos enteramos de muchas más cosas que si sólo miráramos una fotografía. ¿Te gustaría aprender a hacer este tipo de retrato? Tú puedes hacerlo. Escoge a alguien a quien te gustaría pintarle un retrato con palabras. Observa a la persona que hayas elegido por varios días. No sólo te detengas en los detalles de su cuerpo: su altura, el color de sus ojos, su cabello y su piel, y todo lo demás. Presta mucha atención sobre todo al carácter, a las cosas que le gustan y las que no le gustan. Quizá tengas que hacerle algunas preguntas, porque hay cosas importantes de la gente que sólo preguntando podemos saber. Ten cuidado en descubrir lo que esa persona hace por ti a diario y las cosas buenas que da a los demás. Cuando creas que ya tienes en el corazón dibujado el retrato, entonces píntalo.

Hay aquí dos marcos. Uno cuadrado y otro redondo. En el redondo dibuja el retrato con lápices, plumones, o crayolas, pero reserva el marco cuadrado para escribir en él el retrato con tus palabras.





Estos retratos son hermosos, pero déjame decirte un secreto, si quisiéramos conocer más de cerca a nuestro amigo **Mujámmmed** o a cualquiera de los otros profetas: como por ejemplo a Abraham, a Moisés, a Jesús, a Noé o a la virgen María... siempre podemos pedirle a **Aláh** que nos permita verlos en un sueño. ¡Uy! qué emoción si **Aláh** nos regala un sueño con ellos. Tú y yo sabemos que compañía de alguien es mucho mejor que cualquier retrato.



**“UN LIBRO
EN EL CORAZÓN
DE MUJÁMMED”**

!!!BISMILÁ!!!!

Mujámmed, disfrutaba dedicándole a **Aláh** por lo menos diez días de retiro cada año. Escogía los últimos días del sagrado mes de **Ramadán**, y se marchaba a una cueva fresca ubicada en los montes que rodean la ciudad de Meca. Como el profeta Abraham, nuestro querido Mujámmed amaba la compañía **Aláh**.

En una noche, estando el profeta de retiro en la cueva, recibió la visita de un ángel llamado Gabriel. El ángel le informó a Mujámmed que **Aláh** quería traer al mundo, a través de su corazón, un libro que fuera una alegría y un consuelo para toda la familia humana. Se trataba por supuesto de un libro sagrado. Y los versos de este libro aparecerían para iluminar con su claridad los paisajes que existen en los corazones de todas las personas. Sería un libro que serviría de guía para hacer nuestro viaje por la casa de este mundo. El ángel Gabriel abrazó varias veces a Mujámmed ordenándole recitar el libro, pero el profeta le decía que no sabía de qué libro se trataba. El último abrazo de Gabriel hizo temblar de asombro a Mujámmed, quien entonces dijo los primeros versos del Libro:

***“Recita en nombre de tu Señor,
que ha creado al ser humano de un
coágulo...”***





Así fue como brotó en su corazón un manantial de versos, más abundante y más precioso que el mismo Zamzam. Cada palabra de este libro le llegaba al profeta Mujámmed directamente de **Aláh**, y estaba dirigida a nosotros, a todos y a cada uno. Sus versos nos señalan aquellas cosas y secretos que no podríamos conocer ni adivinar por nosotros mismos, no importa lo muy inteligentes que seamos. Porque has de saber que algunos secretos que están escondidos en nuestros corazoncitos sin que lo sepamos, son parte de un tesoro que sólo **Aláh** nos puede mostrar. Así supimos, por ejemplo, que **Aláh** puso sobre tu cabeza una hermosa corona invisible —muy superior a la que usan los que tienen trabajo de rey o de reina en la casa de este mundo. Supimos también que esa corona comenzará a resplandecer según vayas haciendo de **Aláh** tu confidente y le pidas toda la ayuda y el saber que necesites.

Pero volvamos a nuestra historia. Decíamos que **Aláh**, en aquella noche maravillosa, acababa de abrir en el corazón de Mujámmed las puertas de sus tesoros más valiosos. Y el profeta, después de recibir los primeros versos, salió de la cueva de inmediato. Iba en busca de su esposa **Jadiya** para que echara sobre él un manto que lo cubriera y calmara el temblor de su corazón. Mujámmed amaba y confiaba plenamente en la nobleza y la sabiduría de **Jadiya**. Tenían un feliz matrimonio del cual nacerían cuatro hijas hermosas. Una de ellas, **Fátima**, la más pequeña, fue quizá la más cercana de las compañeras del profeta.

Pero de entre todos los millones de miembros que tiene nuestra extensa familia humana, **Jadiya** fue la primera persona que oyó y aceptó los versos del libro sagrado. Ella fue la primera en formar parte de la comunidad del profeta

Mujámmmed. Y ella fue también quien lo consoló, cubriéndolo con un manto de lana y con su ternura, cuando Mujámmmed regresó de la cueva y se sentía abrumado por el misterio de los versos que fluían entre sus labios.

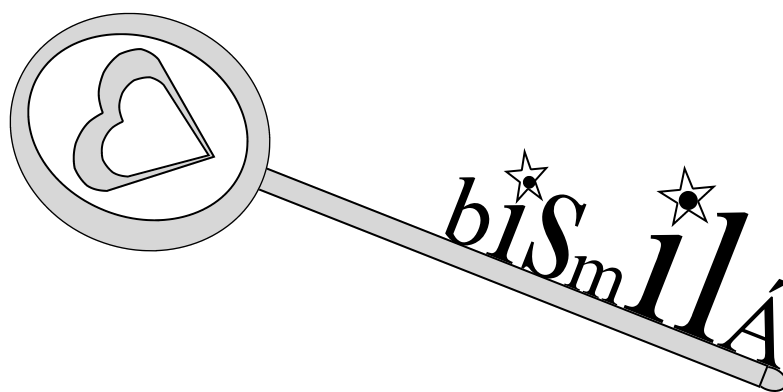
No te he dicho aún el nombre de tan milagroso libro... ¿No lo adivinas? Es el **Qurán**. En él está viva la belleza y la generosidad que queremos que adornen la casa de nuestro corazón. Poquito a poquito, día tras día, mes tras mes y año tras año, nuestro amigo Mujámmmed transmitió cada una de las palabras que componen este libro maravilloso. En el Qurán, aunque tiene muchas páginas, existe un pequeño verso que además de mantener protegido tu corazoncito, si lo repites tres veces cada noche recibirás en tu corazón el poder y la belleza del libro completo. Es fácil, dice así:

EN EL NOMBRE DE ALÁH QUE ES TIERNA COMPASIÓN Y MISERICORDIA. DI CON TODO TU CORAZÓN: "ÉL ES ALÁH . ES LA ÚNICA REALIDAD. QUIEN TODO LO ABRAZA. NO SE ORIGINA DE OTRA REALIDAD. NI MUCHAS REALIDADES APARECEN SEPARADAS DE ÉL. PUES APARTE DE ÉL NADA EXISTE.	BISMILÁ IR RAJMÁN IR RAJÍM QUL JU ALÁH JU ÁJAD ALÁH JU SÁMAD LAM IALÍD WA LAM IULÁD WA LAM IA KUL-LA JÚ KUFUWÁN ÁJAD
---	---



Me preguntarás porqué te lo pongo aquí también estos versos en lengua árabe. Bueno, es porque **Aláh** pronunció estas exactas palabras en árabe. Y cuando tú las digas, puedes imaginar que es **Aláh** mismo quien las está repitiendo contigo.





“EL VIAJE QUE NO TIENE IGUAL”

La llave de **BISMILÁ** nos ayuda a viajar a los cielos...



Fue grande la tristeza de nuestro amigo Mujámmmed cuando su sabia esposa Jadiya murió y dejó atrás los paisajes de este mundo. En ocasiones, todos nos sentimos sumamente tristes, pero ya sabemos que con el tiempo cualquier tristeza o dolor pasará. Y el profeta lo sabía mejor que ninguna persona. Aunque Mujámmmed nunca dejó de amar a su esposa Jadiya, el dolor fue desapareciendo. La alegría regresó por completo a su corazón una noche, mientras descansaba en el santuario junto a uno de los muros de la kaaba, en la estación de Agar e Ismael. Nuestro amigo había suplicado a **Aláh** diciéndole: “*Amado Aláh dame por favor refugio en la luz de tu rostro*”. Y **Aláh**, como ya sabemos, no deja súplicas sin responder. Así es que Mujámmmed recibió esa misma noche la visita del ángel que diez años antes le había traído a la cueva cercana a Meca el mandato de recitar el **Qurán**. Esta vez, Gabriel venía con una invitación muy especial de **Aláh** para que el profeta pudiera viajar hasta su presencia.

Ángel y profeta salieron del santuario. En la entrada los aguardaba **Buraq**. Seguramente te gustaría conocerlo. Te parecerá extraño y a la vez hermoso. Trataré de hacerte un retrato con palabras de él para que tú lo veas con tus ojos cerrados. Se trata de un animal ciertamente raro que luce un pelaje blanco. Tiene cuatro patas y se parece en algo a una mula pero también tiene algo de asno. A diferencia de estos animales que todos conocemos bien, **Buraq** tiene a los lados dos hermosas alas tan blancas como su cuerpo. Es rápido, casi tanto como los pensamientos, y avanza a grandes trancos. Bueno, en realidad son más que grandes, porque cuando aletea y mueve sus patas alcanza con una sola de sus zancadas hasta donde ven sus ojos. Estarás de acuerdo conmigo en que **Buraq** era una cabalgadura muy especial. Pero lo que más asombra de él es que lo mismo podía ir en dos pasos del desierto al mar, y luego a la selva, que ascender



por los cielos para visitar los paisajes que se miran con los ojos de los sueños y con otros ojos, unos aún más poderosos: **los ojos del Hálito**.

Nuestro amado amigo, el profeta Mujámmmed, montó a **Buraq**, y en menos que te lo cuento lo llevó a la primera parada en este colosal viaje: al templo de Jerusalén. Al llegar allí, Mojámmmed oró al frente de las numerosas hileras que formaban los antiguos profetas. Estaban todos los que **Aláh** envió a cada uno de los pueblos que habitan el mundo. Luego volvió a montar y tras, tras, tras, el brioso **Buraq** ascendió por los cielos. ¡Qué maravillosas vistas! ¡Y nosotros, al oír esta historia también somos invitados!

Buraq se detuvo en la entrada de cada cielo para que Mujámmmed saludara a Abraham, a Jesús, a Moisés, a Noé, a José, a Elías, a la virgen María... ¿Tú conoces las historias de todos ellos? ¿No? ¡Ah! Entonces luego tendremos que contarlas. Pero mientras, tienes que saber que en los cielos, al igual que en este mundo, existen jardines muy variados. Hay algunos de ellos que son tan extensos que podrías pensar que son infinitos, pero no es así. También tienen su límite. Y justo ahí, en el límite, en el confín de todos los paisajes y los mundos, **Buraq** concluyó su recorrido ascendente.

A ese lugar se lo conoce con el nombre del árbol que allí florea y da sus frutos: el **Azufaifo**. Es un árbol frondoso, con un sinfín de ramas, hojitas, espinas, flores y frutos que aparecen en él a cada instante embelleciéndolo sin

cesar. Esta especie de árbol deslumbrante tiene sus raíces en el mismo terreno que todos los demás paisajes que existen. ¡Míralo, es hermoso contemplarlo! El viajero conocedor sabe bien que el **Azufaifo** es el último paisaje que existe, es lo último que puede conocerse.



El ángel acompañó al profeta Mujámmmed desde Meca hasta esta última parada, pero aquí tuvo que informarle que ya no podría seguir adelante con él. Mujámmmed tendría que entrar sin su compañía a la presencia de **Aláh**. Al parecer, ni los ángeles ni los arcángeles, ni las bestias de carga ni los insectos voladores, pueden acercarse tanto como nosotros a **Aláh**. Y nada puede decirse sobre lo que sucede cuando se traspasa el confín, excepto que, a pesar de no tratarse de ningún lugar, es el mejor de los lugares.

El profeta Mujámmmed estuvo de pie frente a **Aláh**, quien le hizo contemplar la perfección de todas las cosas y los seres, y luego le mostró su amor. Y claro, si **Aláh** lo invita a uno a visitarlo ¿quién se acordaría de Meca, de la kaaba, de las personas, de los paisajes, de los ángeles, de los cielos, de Buraq o el Azufaifo del confín? Y aunque el profeta quería quedarse allí, **Aláh** le pidió que regresase al paisaje de los mundos, para entregarnos a nosotros, a su comunidad, los mensajes del amor de **Aláh**. Le dijo además que no se entristeciera, porque se llevaría consigo esa estación perfecta y podría volver a ella cada vez que orara y cada vez que se postrara y su frente tocara el suelo. Este es un gran regalo que Mujámmmed compartió con nosotros. Por eso al postrarnos sinceramente, con la intención de orar o adorar a **Aláh**, de hablar en silencio con él, sentimos tanta paz, tanto contento, tan poderosa protección.



En el **Azufaifo del confín**, el ángel Gabriel aguardaba al profeta. Y cuando Mujámmmed regresó de la presencia de **Aláh** montó a Buraq, y tras, tras, tras, regresó a través de los jardines de los cielos por el mismo camino que habían recorrido antes. En Jerusalén, quedó impresa sobre una roca la huella del pie de Mujámmmed antes de que Buraq, en un par de zancadas, llevara a su bendito jinete hasta la puerta de la mezquita de la ciudad de Meca.

Gracias a este viaje, y gracias también a que el profeta nos habló sobre él, sabemos de las invitaciones que **Aláh** nos hace para que acudamos a su presencia. Para que también deseemos ir más allá del Azufaiifo del confín y que **Aláh** encienda en nuestros corazones la misma luz que brilla en el corazón de Mujámmmed, la luz que ilumina los **ojos de hálito**. Estos son los más grandes regalos que trajo Mujámmmed para toda su familia humana, para quienes vivían en Meca en aquellos tiempos, y para los que vendríamos mucho después a viajar por este mundo. Es decir, para ti, para mí, para los de tu vecindario y los del mío, para todo aquel que quiera recibirlo.

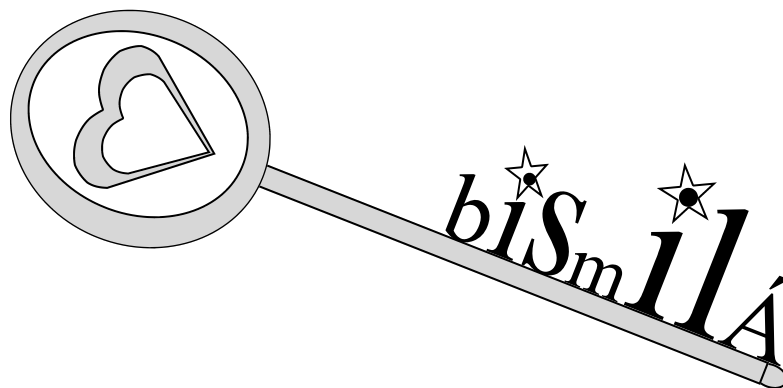
No fue el único presente, Mujámmmed trajo además la llave de **BISMILÁ**; las oraciones; la sabiduría necesaria para viajar por el mundo; bendiciones; perdón; un camino fácil para ir más allá del **Azufaifo**... Al conjunto de los tesoros que llegaron a nosotros a través del profeta Mujámmmed se les dio por nombre de: "**camino del Islam**".

Aunque siempre haya algún pesimista que asegure que ya no se puede ir ni al Azufaiifo, ni más allá, porque nadie tiene idea de cómo hacerlo, tienes que saber que hay personas, mujeres y hombres, que son herederos del profeta y saben el camino. Es verdad que no siempre se les puede reconocer de inmediato porque puede parecernos que sólo hacen trabajos comunes y corrientes, como atender una tiendita de libros, ir a una oficina, sembrar la tierra, cuidar de los animales y las plantas, hacer pasteles, limpiar las casas, ser doctoras, arreglar muelas, dar clases de danza, tener un puesto en un mercado, o barrer las calles. Sin embargo, sin importar lo que hagan, si pudiéramos verlos



con los **ojos del Hálito**, sabríamos que son capaces de guiarnos hasta el último de los paisajes. La gente ha llamado a estas mujeres y a estos hombres por distintos nombres: Los amigos de **Aláh**, Los amorosos, Los justos, Los veraces, Los puros, Los que conocen, Los que ayudan, Los santos, y por muchos nombres más. Pero sin duda, a decir de estos maestros, el mejor de los regalos que podría darnos el profeta está en su propio corazón, y esos secretos los entrega directamente Mujámmed, según la sabiduría de **Aláh**, a quienes le siguen y lo saludan con amor.

¿Quieres saber cómo se envían saludos al profeta? Es sencillo, pon tu mano sobre tu pecho y di a **Aláh** que envíe su paz y amor a tu amigo Mujámmed, y que bendiga también a su familia y a sus compañeros. Siempre pedimos por su familia y sus compañeros. Ellos viven en el amor del profeta y, ¿adivina quién más está allí? Sí. ¡Tú estás también en su corazón!



“LA CUEVA, LA ACACIA, LA ARAÑA Y LOS PALOMOS”

Trae la llave de **BISMILÁ**...

¿Cuánto tiempo crees que había pasado desde que el profeta salió de Meca hasta que Buraq lo regresó nuevamente a la entrada del santuario? Aunque resulte difícil de comprender ¡ni siquiera había terminado la noche! Sí, el profeta fue a Jerusalén, de allí a los cielos, de allí al Azufaifo del confín, de allí fue a la presencia de **Aláh**, de allí regresó por la misma ruta por la que había ido... y todo eso, en menos de una noche. Imagina la alegría que sentía Mujámmed al ser el portador de tantas buenas noticias para todos. Hubiera deseado despertarlos para decirles de inmediato lo que había ocurrido, pero decidió ir a la casa de

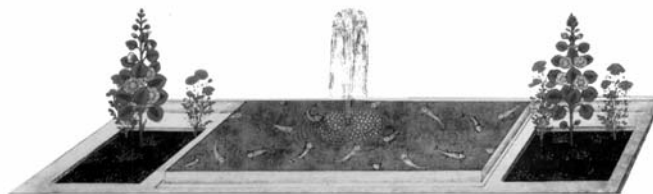
unos familiares suyos y esperar mientras les narraba su viaje. Cuando terminó, estaba próximo el amanecer, la hora de la plegaria de la mañana, así es que se apresuró de camino a la kaaba.

Su familia le aconsejó no contar lo que había visto en esa noche. No porque les gustara la mentira, sino porque temían por el profeta. Había personas en la ciudad que no querían oírlo. Eran quienes no estaban interesados en que nadie removiera las piedritas, piedras y piedrotas que se habían acumulado con los años alrededor de la kaaba y ni las que escondían sus corazones. Era una situación difícil, ¿no crees? Como ya habíamos dicho antes, eran muy pocos los que practicaban las enseñanzas de Abraham. Y a los demás no les gustaba que nadie les recordara el cuidado que debían dar a los huérfanos y a las viudas, ni la prohibición de la injusticia, ni el cuidado de las niñas y los niños... Ni siquiera querían oír decir —en un tiempo tan próspero— que estaba prohibido engañar a los clientes pesando la mercancía en una balanza amañada.

Por eso la familia de Mujámmmed temía por él. Estaban seguros que en cuanto repitiera en el santuario lo que ellos habían oído sobre el viaje nocturno que acababa de realizar, estas personas le llamarían loco o, peor aún, querrían matarlo. Pero el profeta confiaba en que **Aláh** es el mejor *defensor* de entre todos los defensores, el mejor *guardián* entre todos los guardianes, el más *poderoso* de los poderosos, y el único que realmente *conoce*. Así es que fue a la kaaba y en cuanto las oraciones de la mañana estuvieron terminadas, contó lo que le había sucedido a la comunidad que estaba allí reunida.

¡Qué alboroto! La gente levantaba la voz y se rasgaba las vestiduras. Aunque es cierto que también había unos que apenas si murmuraban con la impresión de lo que habían escuchado. Pero la mayoría gritaba que aquello no era más que una mentira. Algunos agitaron sus puños agregando que ya había ido demasiado lejos y que se merecía que lo expulsaran de la ciudad. ¡Aquello parecía una casa de locos! Hasta algunos que confiaban en Mujámmmed sintieron tambalear sus piernas ¿cómo era posible —pensaban para sí mismos— que dijera que había estado en Jerusalén, y en los cielos, y en la presencia de **Aláh** más allá del Azufaifo. Pero muchos de quienes aseguraban aquella mañana que Mujámmmed había perdido la razón, poco tiempo después se maravillaron cuando las caravanas que el profeta había visto venir hacia Meca llegaron en las fechas que él predijo.

Los ánimos en la ciudad sagrada de Meca se ponían más y más difíciles de soportar para nuestro amigo Mujámmmed y para las personas que lo seguían. Una noche, el profeta volvió



a recibir la visita del ángel. Ahora le traía el mensaje de abandonar Meca. Un grupo de entre sus enemigos planeaba matarlo esa misma noche. De inmediato y bajo la protección de **Aláh**, el profeta y uno de sus amigos más cercanos, **Abú Bakr**, escaparon de la ciudad. Ambos suponían que, en cuanto los enemigos se dieran cuenta que ya no estaban, enviarían varios grupos de jinetes tras ellos. Así es que los dos amigos en vez de encaminarse a la ciudad de Medina, decidieron esconderse en una cueva de las que había en los montes cercanos hasta que el peligro pasara. Estando juntos en la cueva, el profeta enseñó a su compañero Abú Bakr a repetir en silencio unas palabras que, como **BISMILÁ**, son una llave maravillosa. Si quieres saber qué palabras son esas, mira en la cueva...



El profeta le dio a su compañero el secreto de cómo repetir **LA ILAJA ILALÁ** diciéndole algo más o menos así: Cierra tus ojos y disfruta de la hermosa noche que se ve dentro de nosotros cuando los párpados están cerrados y los ojos dejan de fijarse en los paisajes del mundo. Presta atención a tu respiración, observa cómo el aire entra y luego sale por tu nariz. Repite en silencio: **LA ILAJA ILALA... LA ILAJA ILALA.**

Cuando se recuerda a **Aláh** con estas palabras repitiéndolas una y otra vez, no hace falta que pidamos nada, todo lo que necesitemos, lo que deseamos, y hasta algunos regalos que no sabíamos que existían llegan a nosotros.

Tras pasar varias horas en la cueva recordando a **Aláh**, el profeta y su compañero oyeron llegar a todo galope a un grupo de jinetes. Los hombres desmontaron y luego subieron por la ladera arriba, y **Mujámmed** y **Abú Bakr**

oyeron las voces aproximándose. Sin duda se trataba de uno de los grupos que los buscaba en los alrededores. De pronto, los hombres estaban en la entrada misma de la cueva diciendo que era inútil buscar allí, que no podía haber nadie. Luego dieron la vuelta, y Mujámmed y Abú Bakr siguieron en silencio aún después de oírlos bajar el cerro, montar sus animales y emprender su regreso a Meca. Cuando estaban seguros que ya nadie estaba cerca, se levantaron y fueron hasta la entrada de la cueva. Sentían curiosidad ¿Qué podría haber pasado? ¿Por qué —se preguntaban— aquellos hombres no habrían entrado?

Para su sorpresa, encontraron en el hueco de entrada una fabulosa acacia. En unas pocas horas la planta había alcanzado una altura mayor a la de un hombre y cubría con sus ramas prácticamente toda la entrada a la cueva. En el espacio que quedaba libre, entre el tronco y la orilla del muro, una arañita había tejido una tela primorosa. Cualquiera que la viese podría haber jurado que hacía mucho tiempo que nadie se aproximaba a aquel lugar. Pero para hacer completo su asombro y su alegría, vieron que los acompañaba una pareja de aves blancas. En su nido, una paloma empollaba sus huevitos mientras el palomo se mantenía alerta parado sobre una de las ramas de la acacia. A través de la tela de araña alcanzaron a ver a lo lejos el grupo de hombres que se alejaba al galope.

Aláh es asombroso, nos protege o nos enseña constantemente a través de cualquiera de los seres o cosas que existen. Hay una pequeña historia que narra cómo un tirano, que tenía la manía de creerse una especie de dios, fue vencido por una pequeña mosca. El tirano se hallaba diciendo uno de esos aburridos y apasionados discursos que tanto disfrutan decir los tiranos. Se dirigía a la gente con tono regañón, levantando y señalando con su dedo a cualquiera de entre el público hasta hacerlo sentir avergonzado. Nadie se atrevía a decir ni media palabra, se podría haber dicho que allí no volaría ni una mosca. Pero de pronto apareció una. Pequeñita, casi insignificante. Y cuando el





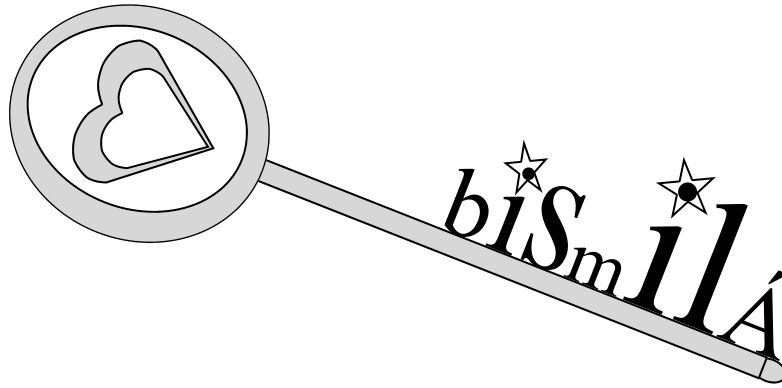
tirano mandón estaba más entusiasmado con sus propias palabras y manoteaba tratando de meterle miedo a la gente, la mosquita fue directamente a pararse en su cara. Por supuesto que él la espantó y siguió hablando, pero una y otra vez, zzzzzzzzzzz... la mosca mostraba su terquedad y regresaba para usar su cara como pista de aterrizaje. Ahora caminaba sobre su nariz provocándole un estornudo, luego sobre su párpado haciéndole guiñar un ojo como si se tratara de un tic nervioso, después sobre su bigote obligándole a callarse la boca por miedo a que se le metiera por la boca...

Los ires y venires del insecto causaron muchísima gracia a la gente, y claro, esto desató la ira del tirano, que por más que se esforzaba en hacer sus gestos amenazadores, no lograba atemorizar ni estampar a la mosca. Entonces miró a un Amigo de **Aláh** que se hallaba presente y le gritó: “Tú, que siempre tienes respuesta para todo. ¿Me podrías decir por qué **Aláh** creó a esta mosca impertinente? ¿Acaso no es una criatura inútil?”

El sabio le respondió: “Fue creada para mostrarle a los tiranos como tú lo impotentes que en realidad son. Ni siquiera tienen poder suficiente para deshacerse de una pequeña mosca cuando quieren. Podrás creer que has dominado a esta gente, pero mira cómo un débil insecto se rehúsa a obedecer. La mosca se para en la suciedad y luego viene y se posa en los rostros de quienes se imaginan que son dios. Si pudiera expresarse en palabras la mosca te diría: ‘No olvides que aunque pienses que has conquistado al mundo, yo estoy aquí para mostrarte que no puedes conquistarme.’”

Así es, **Aláh** puede defendernos de los peores peligros y de los enemigos más numerosos sirviéndose no sólo de animales colosales como el elefante enjoyado, o abrumadores como una gigantesca parvada de pájaros que arrojan guijarros. Puede hacerlo incluso con criaturas tan pequeñas como una mosca o un mosquito. O, como hizo en la cueva en que se ocultaban el profeta Mujámmed y su amigo Abú Bakr, con seres tan frágiles como una arañita, tan inofensivos como una pareja de palomas, y tan silenciosos como un florido arbusto de acacia.

Cuando la luna apareció en el cielo sobre el desierto, llegó al pie del monte donde se ocultaba el profeta y su compañero un hombre que les serviría de guía. Llevaba provisiones y los camellos con los que el profeta y su compañero seguirían su viaje a la ciudad de Medina. Abú Bakr le ofreció a Mujámmed la mejor de las camellas, pero el profeta, que muchas veces antes y después de esto aceptó gustoso los regalos de su fiel y veraz amigo Abú Bakr, le agradeció su generosidad y le pidió que en esta oportunidad aceptara su pago. El profeta puso a su camella el nombre de **Qaswa** y verás que, como el elefante que se negó a caminar, **Qaswa** también se detendría su paso frente a un lugar señalado.



“UNA NUEVA CIUDAD PARA LA LUZ Y UNA MESA TENDIDA PARA TODOS”

Trae la llave de **BISMILÁ**...

El profeta abandonó la ciudad de Meca y se dirigió montado en **Qaswa** hacia la ciudad de **Medina**, ubicada en el área más poblada de una zona extensa y fértil. El valle parecía una fresca perla verde rodeada por el desierto y por la negrura de las montañas de piedra volcánica. Todos sus habitantes esperaban con ansia ver llegar al profeta. Alrededor de **Medina** habían prosperado varios pueblos pequeños, pero casi en el límite con el desierto estaba **Quba**, muy cerca de las montañas. Con las primeras luces de la mañana, partían de este poblado varios grupos de hombres a caballo con la esperanza de encontrar y proteger al profeta. Sabían que había escapado de Meca pero temían que los jinetes de Meca pudieran atacarlo en su camino hacia Medina. Los hombres de **Quba** no regresaban a sus casas hasta que el sol les hacía insoportable seguir cabalgando. Cuando ellos regresaban, quienes tenían sus casas a las orillas del pueblo, pasaban algunas horas encaramados en los techos esperando ver aparecer a lo lejos al profeta. Sabían que Mujámmmed, para evitar a sus enemigos, no había tomado ninguna de las rutas establecidas que llevaban desde Meca hacia el valle en el cual se encontraban **Quba** y la ciudad de **Medina**.

Tras doce jornadas de andar por el desierto, justo en el momento de más calor del día, cuando nadie hubiera esperado su llegada, se lo vio descender por las negras laderas de las montañas. La alegría sacó corriendo a todos de sus casas. Fueron a recibir a los recién llegados, a celebrar el principio de una época nueva. La noticia había llegado en cuestión de unas horas a **Medina** y allí también se alegraron los corazones de sus habitantes, pero sus ojos seguían añorando ver a Mojámmmed entre ellos. El profeta y Abú Bakr tomaron la decisión de descansar unos días en **Quba** y recuperar fuerzas antes de avanzar hacia



Medina, pero quizá también esperaban por sus compañeros. **Alí**, el esposo de **Fátima**, la bellísima hija más joven del profeta, se reunió con ellos dos días más tarde. Y antes de que llegara el amanecer del cuarto días, un nutrido grupo acompañaba al profeta Mujámmmed en su recorrido a través del valle, hacia **Medina**.

Era viernes, e hicieron un alto en el camino en un pequeño poblado para hacer juntos las oraciones del mediodía. El profeta dirigió un sermón a los que estaban congregados. Y este fue el origen de las oraciones especiales de **yumma**. A partir de ese momento, cada viernes, en la oración que se realiza cuando el sol está en lo alto del cielo, la comunidad de Mujámmmed se congrega para postrarse y escuchar las palabras de alguno de sus miembros, puede ser lo mismo una mujer o un hombre quien se dirija a la comunidad.

No habían pasado muchas horas después de que terminaron la primer oración de **yumma** cuando llegaron por fin a **Medina**. Era un grupo numeroso. No sólo acompañaron a Mujámmmed sus compañeros Abú Bakr y Alí. Otros muchos que ya habían dejado Meca y estaban establecidos en Quba lo siguieron. Había también en la columna un buen número de guerreros que lo escoltaban con grandes honores. ¡Cuánto alborozo!

En cada poblado del valle por el que pasaban la gente salía a recibirlo. En parte tanta alegría se debía a todos sabían que el profeta y su gente habían padecido en Meca, durante doce largos años, la crueldad, las burlas y la persecución de sus propias familias y vecinos. Ahora la comunidad de Mujámmmed celebraba. Estos eran los primeros signos de la victoria que **Aláh** les había prometido. Mujámmmed iba al frente de esta marcha que a su paso lo mismo

arrancaba lágrimas de gozo que cantos. Se oían voces que decían: ¡Bienvenido Amigo de **Aláh**! ¡Ya llegó el mensajero de **Aláh**! ¡Ya está aquí la luz de **Aláh**!

Por supuesto Mujámmmed iba montando a la camella **Qaswa**, que avanzaba con un ritmo lento y solemne. No quedó en Medina una sola persona grande o pequeña sin correr a las calles para recibirlo. Todos, además, querían el honor de ofrecerle su hospitalidad y, tomando las riendas de la camella, intentaban detenerla. Pero el animal sabía bien dónde debía dirigirse. El profeta no quiso elegir. Pidió que dejaran a la camella seguir libremente la guía de **Aláh** y que él aceptaría gustoso quedarse en el lugar en que ella se detuviera. **Qaswa** caminó y caminó. Recorrió las calles y callejones de la ciudad de

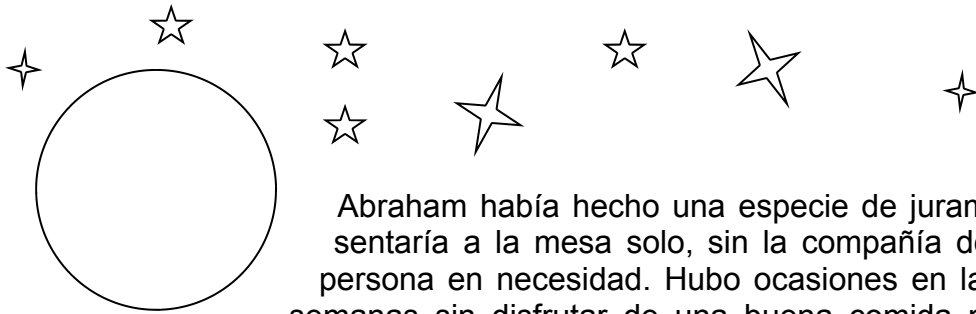


Medina. Y tras dejar atrás incluso la zona en que residían ciertos parientes de su madre, Amina, con quienes el profeta había vivido siendo un niño, **Qaswa** se detuvo. Dobló sus rodillas delante de la entrada a un recinto que se había utilizado como lugar de oración. Se trataba de un patio cercado, cuyo terreno lucía salvaje e irregular, con algunas palmeras de dáttil y una construcción completamente en ruinas. El profeta esperó un momento. **Qaswa** se levantó de allí y volvió a caminar, pero sólo avanzó unos pocos pasos, porque casi en el acto regresó al mismo sitio y ahora no sólo dobló sus piernas sino que llevó su cuello hasta el piso. En este momento nuestro amigo Mujámmmed desmontó con la certeza de que ése sería su nuevo hogar.

Preguntó por el dueño de esa tierra y le informaron que pertenecía a dos hermanos huérfanos. Ellos se encontraban allí, entre la multitud que lo seguía, y le ofrecieron la propiedad como un regalo, pero nuestro amigo Mujámmmed no la aceptó y pagó por ella un precio justo. Ese sería su nuevo hogar. Allí se acercarían quienes estuvieran desvalidos o sufrieran esclavitud, quienes tuvieran sed o hambre, quienes quisieran el amparo de **Aláh**. Allí, las mujeres y los hombres, los niños y las niñas, recibían por igual la generosidad que llegaba a través del corazón de la profecía. Allí, muchas personas se encontrarían y muchas otras serían convocadas a su alrededor. Nadie puede impedir que los compañeros se encuentren cuando **Aláh** quiere reunirlos. Cuando los atrae entre sí, cuando les da un destino común para compartir.

Hay un pequeño relato sobre el profeta Abraham que nos cuenta cómo comprobó la forma misteriosa en que **Aláh** reúne a quienes son sus amigos.





Abraham había hecho una especie de juramento por el cual no se sentaría a la mesa solo, sin la compañía de un invitado o de una persona en necesidad. Hubo ocasiones en las cuales pasó algunas semanas sin disfrutar de una buena comida porque nadie llegaba a tocar a su casa.



En una ocasión, decidió dejar su hogar para ir en busca de un huésped que lo acompañase. En un camino se cruzó con una mujer desconocida, que en cuanto lo vio, se apresuró a invitarlo a comer a su casa. Le explicó que como nadie la había visitado en más de tres meses no había comido y no pensaba hacerlo a menos que consiguiera un invitado. Así las cosas, Abraham, a pesar de que él mismo buscaba también un huésped para llevar a su hogar, aceptó la hospitalidad que le ofrecía aquella mujer. No podía permitir que ella siguiera por más tiempo sin poder sentarse a la mesa. Comieron, adoraron juntos a **Aláh**, conversaron amablemente durante horas y, cuando llegó el momento de separarse, Abraham pidió a su anfitriona que hiciera una súplica por él, para que también él consiguiera un invitado.



Pero para sorpresa de Abraham, la mujer se negó a hacerlo. Argumentó que había renunciado a hacerle peticiones a **Aláh** porque durante años le había suplicado le otorgase un deseo y no había sido concedido. Así es que la mujer había llegado a la conclusión de que si **Aláh** no aceptaba sus súplicas, debía ser porque ella no era digna de hacer este tipo de oraciones. Cuando Abraham quiso saber cuál había sido la petición que no se le había concedido, la mujer explicó: “Dicen que sobre la tierra hay un amigo de **Aláh** a quien llaman Abraham. Mi corazón quería verlo y rogué tener un encuentro con él, pero no me ha sido dado, así es que por favor, haz tú mismo la súplica.” Abraham sintió tanta ternura que sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero imagina cómo se sintió la mujer cuando supo que, inadvertidamente, la reunión que tanto había anhelado le había sido otorgada en aquella tarde. **Aláh** concede a cada criatura compañeros y compañeras para realizar su viaje por este mundo. Y fueron muchos los que les concedió al profeta Mujámmmed.



La mayoría de sus compañeras y compañeros de Meca en aquel entonces fueron a establecerse con él a Medina. Ellos, al poco de estar allí, comenzaron a extrañar su antiguo hogar. Aunque la belleza del valle fuera muy superior al de la antigua ciudad sagrada, se entristecían de no poder siquiera visitar la casa de **Aláh**. Los habitantes de Meca seguían con su intención de acabar con el profeta y con sus compañeros. Querían borrar de la memoria de la gente los versos del **Qurán**. Por eso ninguno de los que habían escapado de Meca podía abandonar el valle sin correr peligro.

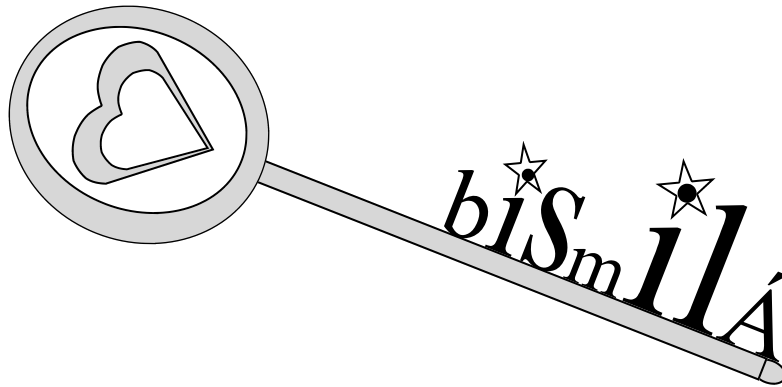
Fue hasta aquel momento que **Aláh** otorgó su permiso para que la gente de Mujámmmed combatiera algunas batallas contra los ejércitos de Meca hasta que se los dejara seguir con libertad el modo de vivir que **Aláh** enseñaba a

través de su libro, el Qurán, y de su profeta, Mujámmed. Pasaron siete años más antes de que la Victoria que **Aláh** les prometió en los versos del **Qurán** llegara y pudieran visitar Meca como peregrinos. Y un año más hasta que el profeta retirara todas las piedras, piedritas y piedrotas que se habían acumulado durante cientos de años en el santuario de la kaaba. Cuando el hermoso Mujámmed limpió el santuario, la casa de **Aláh** recuperó su pureza original. El profeta luego regresó a Medina, a su casa, donde su cuerpo fue sepultado cuando dejó atrás los paisajes de este mundo.

Muchas de las cosas que hacía en aquellos tiempos nuestro amigo Mujámmed, y de la guía que ofreció a sus compañeras y compañeros, las supimos por los relatos que ellos mismos hicieron después de su partida. **Aisha**, una de sus esposas y también una de sus compañeras más cercanas, transmitió muchas de las enseñanzas de Mujámmed. Así llegaron a ti, a mí y a toda la gran familia humana. Pero como ya supimos, sigue habiendo amigos cercanos de **Aláh** y compañeros y herederos del profeta en todos los tiempos.

Sobre las ruinas de aquel patio cercado de Medina, a cuyas puertas se detuvo la camella **Qaswa**, el profeta Mujámmed hizo de su nueva casa un hogar para su comunidad. A ese lugar acuden miles de personas adultas y pequeñas a encontrarse, a reunirse, a conocerse. Allí, sigue estando su casa hasta hoy, y siguen llegando los huéspedes e invitados de nuestro amigo y maestro Mujámmed. Tú eres también miembro de esa luminosa y extensa familia...





“DE REGRESO AL PRINCIPIO DE LA HISTORIA...”

La llave de **BISMILÁ** hace florecer lo mejor de cada palabra, de cada acción, de cada pensamiento. Esta llave la han usado a través de las eras del tiempo todos los amigos de **Aláh** antes de emprender cualquier tarea, antes de realizar cualquier acción, antes incluso de hacer sus súplicas...



Hicimos juntos un viaje largo. Recorrimos distancias inmensas a zancadas casi tan grandes como las que suele dar Buraq. Estuvimos con la madre **Agar** en la fundación de la ciudad sagrada de **Meca**. Imaginamos cómo **Abraham** levantó la casa de **Aláh**, la **kaaba**, con la ayuda de su hijo **Ismael**. Descubrimos que los paisajes cambian y que las personas a veces olvidan lo importante, incluso habitando en lugares sumamente sagrados. Y fuimos hasta la época en que vivió el profeta **Mujámmed** y los primeros versos del **Qurán** fueron pronunciados en la casa de este mundo. Con la imaginación, acompañamos al profeta hasta el **Azufaifo del confín** y vimos volar a **Buraq**. Sólo nos queda un último acontecimiento que visitar: se trata de la promesa que **Aláh** les hizo a los primeros seres humanos, que llevaban por nombre **Eva** y **Adán**.

Cuando **Aláh** los creó y sopló dentro de ellos su aliento para darles la vida, **Eva** y **Adán** resonaron como flautas. Se dice que **Adán** sintió cosquillas en la nariz y estornudó: *¡¡¡Aaaachússsss!!!* Y mientras el estremecimiento le sacudía el cuerpo, fue dándose cuenta de que tenía ojos, oídos, boca, nariz, extremidades y deditos en las manos y en los pies. **Adán** estaba tan contento que pronunció unas palabras maravillosas que tú ya conoces: **LA ILAJA ILALÁ**. Así fue que le agradeció a **Aláh**. ¡Era tan grande el regalo que habían recibido! **Aláh** no sólo les había dado la vida, sino que les había puesto en los corazones una lucecita capaz de iluminar y hacerles comprender lo que sentían, lo que pensaban, y las cosas que ocurrían en el mundo y dentro de ellos.

Con esa luz, **Adán** y **Eva** también recibieron todos los nombres con los cuales nosotros podemos llamar a **Aláh** y los nombres de cada cosa que habita

en la casa de este mundo. Pero **Aláh**, que es el más generoso de los generosos, decidió confiarles además un gran secreto. Les informó que él tenía un tesoro oculto que los seres humanos tenían que descubrir. **Eva** y **Adán** sabían bien que si **Aláh** había escondido algo sería imposible para ellos encontrarlo. Pero **Aláh** les prometió que a partir de ese momento, poco a poco, guiaría a la humanidad y le abriría las puertas que llevan a tan maravilloso tesoro.

Como ya habrás adivinado, **Adán** y **Eva** fueron los primeros profetas invitados a vivir en la casa de este mundo. Y cuando recién llegaron aquí, se pararon en lo alto de un monte conocido con el nombre de **Arafat** —que está muy cerca de la ciudad de Meca—, y desde allí contemplaron la inmensidad de los paisajes y la belleza de las criaturas que habitaban la tierra. Con gran asombro notaron las diferencias que existen entre un caballo y una ranita, entre una gallina y un cocodrilo, entre una hormiga y un ciempiés, y entre una libélula y un tremendo dinosaurio o un pulpo marino o una almeja. **Adán** y **Eva** pronto se dieron cuenta de que a pesar de ser tan diferentes entre sí, estos seres compartían el don de la vida. Descubrieron que algunos venían a la vida naciendo de huevos, otros de capullos, otros de las panzas de sus mamás, y otros, como las plantas, se levantaban en silencio desde lo profundo de la tierra.

Estando en lo alto del monte, **Adán** y **Eva** aprendieron también que el mundo se parece a un espejo gigantesco. Y que todo lo que se ve reflejado en ese espejo, es decir los paisajes y las criaturas, sólo nos muestran una cosa: la infinita perfección y belleza de **Aláh**. Esto puso muy contenta a la madre **Eva** y al padre **Adán**, porque a partir de entonces, nunca más se sintieron solos. Siempre que miraban algo —fuera una mariposa, una planta o una persona—, descubrían en eso que veían la belleza y la perfección de **Aláh**.

Estos padres antiguos de nuestra familia humana nos enseñaron que si podemos ser generosos es porque **Aláh** nos dio con su soplo de vida el tesoro de su generosidad; que si podemos ser amorosos es porque **Aláh** depositó con su soplo un tesoro de amor en nuestros corazones; y si somos tiernos, bellos, alegres, justos, veraces, creativos o juguetones, es porque nos dio el tesoro de la ternura, la belleza, la justicia, la verdad, la capacidad de crear y el gozo...



Tuvieron que pasar muchos miles de años y muchas generaciones antes de que llegara el tiempo en que se cumpliera la promesa que **Aláh** les había hecho a **Adán** y a **Eva** y se abrieran todas las puertas del tesoro oculto.

Y eso ocurrió justo cuando el último verso del **Qurán** fue revelado a través de nuestro amigo Mujámmmed y después de que las piedras del santuario de la Kaaba y las durezas de nuestro corazón fueron removidas. Entonces **Aláh** nos invitó a viajar por el camino del Islam para encontrar la más preciosa de las joyas de su tesoro.

¿Adivinas dónde está esa joya? **Aláh** la puso en el corazón de la familia humana, en el tuyo, en el mío, en el de todos nosotros. En nuestros pechos está guardado su secreto, su joya, que es una fuente de la que brota sin cesar el amor. Siguiendo a nuestro amigo el profeta Mujámmmed, podemos viajar a través de nuestro corazón y encontrar ese tesoro. El profeta nos enseñó que si escuchamos nuestra respiración atentamente, concentrándonos en el pecho, no tardaremos mucho en descubrir que con el amor que brota de esa fuente es que amamos a mamá, a papá, a nuestras hermanas y hermanos, a nuestros amigos y a nuestros vecinos... Es tan grande el tesoro del amor de **Aláh** que podríamos amar a toda nuestra enorme familia humana y cuidar de todas y cada una de las demás criaturas y aún así nos quedaría mucho amor para dar...

¿Sabes cuál es la llave que abre las puertas del corazón para ir en busca del tesoro del amor? Adivinaste, es **BISMILÁ**. Pero además de esta llave tienes que llevar otra cuando emprendas tu viaje por el corazón, tienes que llevar la llave de **LA ILAJA ILALA**. Porque cuando repites **LA ILAJA ILALA** tu corazón es invitado a visitar el Paraíso y el hermoso Azufaifo del confín en compañía del amigo Mujámmmed. Y quién sabe, quizá seamos los invitados de **Aláh** para ir un poco más allá del árbol del confín...



COLORÍN COLORADO

LAS HISTORIAS DEL CORAZÓN

APENAS HAN COMENZADO...

